EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA MUJER COMPUESTA....

PROVERBIO EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

SEGUNDA EDICION.

Marco

Precio OCHO reales.

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1872.

2

LA MUJER COMPUESTA...;

LA MUJER COMPUESTA.....

PROVERBIO EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ MARCO.

Representado por primera vez, con extraordinario aplauso, en el teatro del Circo de Madrid, y á beneficio del primer actor D. Florencio Romea, el dia 9 de Febrero de 1872.

SEGUNDA EDICION.

BARCELONA.

IMPRENTA DE NARCISO RAMIREZ Y COMPAÑÍA,

Pasaje de Escudillers, núm. 4.

1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
CONSUELO.	Doña Matilde Diez.
MARGARITA..	— Carolina Gilly.
JULIA.	Clotilde Lombia.
ENRIQUE..	Don Manuel Catalina.
JUAN..	Florencio Romea.
UN CRIADO..	Casimiro Leon.

La accion se supone en Madrid y en casa de Enrique.
Epoca actual.

ADVERTENCIA.

El wals, que se toca en los actos primero y tercero, es original del Director de orquesta del teatro del Circo, D. Lázaro Nuñez-Robres, que lo ha compuesto expresamente para esta obra, y se halla de venta en Madrid en casa del editor D. Antonio Romero.

AL SR. D. EMILIO DOMENECH

y su esposa

D.ª FLORENTINA RICO.

Mientras viva, no se borrarán de mi memoria los gratos recuerdos, que conservo de Barcelona, ni se ha de amortiguar en mi alma la gratitud, que le debo, por las cariñosas distinciones con que ha halagado mi corazon de artista.

Como hombre, seria un miserable si algun dia llegase á dar al olvido la generosa hospitalidad, el fraternal interés y las constantes atenciones, que ustedes me han dispensado.

Ya que tan buenos han sido conmigo, no se nieguen hoy, amigos mios, á aceptar esta obra— mas afortunada que digna de aplauso—que les dedico cual débil testimonio de mi eterno reconocimiento; y ya tambien que ustedes viven tan felices con sus encantadores hijos en esa hermosa ciudad, sírvanme para esta de intérpretes de la entusiasta admiracion y profunda gratitud que, como ustedes saben, me inspiran sus sublimes adelantos y su extremada benevolencia.

José Marco.

Madrid 12 de Febrero de 1872.

ACTO PRIMERO.

Gabinete lujosamente amueblado, con puerta al fondo y laterales en primero y segundo términos. A la izquierda un piano. En el centro un velador.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA y el CRIADO.

CRIADO. Señorita... (Presentándose en la puerta del fondo.)
MARG. ¿Qué sucede?
CRIADO. La señorita Consuelo
ha llegado.
MARG. ¡Mi cuñada!
(Dejando la labor y disponiéndose á recibir á Consuelo.)
¡Dile que pase al momento!

ESCENA II.

MARGARITA, despues CONSUELO.

MARG. ¡Qué habrá dicho al verse sola
en la estacion! Mucho temo
se haya enojado...
CONS. ¿Se puede?...
(Apareciendo en el fondo con el criado y un mozo, quienes, á una seña de Margarita, dejarán en la segunda habitacion de la izquierda la maleta y algunos objetos de viaje que traen.)

MARG. (¡No dije!..) Por Dios, te ruego... (Avergonzada.)
CONS. ¿Quieres callar, Margarita?
¡Un abrazo! (Tendiendo sus brazos.)
MARG. Toma ciento. (Abrazándose.)
¿Pero de veras, hermana,
que no nos miras con ceño?...
CONS. ¿Por qué? ¿Por no haber bajado
á la estacion? (Quitándose el sombrero.)
MARG. Deber nuestro
era...
CONS. ¡Vaya un disparate!
En primer lugar, recuerdo
que, al deciros que aceptaba
vuestra invitacion, de cierto
no marcaba el dia fijo
de mi llegada: á mas de eso,
me hace ver lo que supones
que no conoces mi genio.
Mi carácter es muy franco
y los puros cumplimientos,
mas que halagarme, lo que hacen
es atacarme los nervios.
MARG. Tú eres muy buena.
CONS. No tal.
Mi disgusto, por no veros
al llegar, fuera egoismo,
no un justo resentimiento.
¿No vengo yo, por ventura,
accediendo á los deseos
tuyos y los de tu esposo?
MARG. Sí, seguramente; pero...
CONS. Entónces ¿á qué exigiros
un matutino paseo,
el trastorno consiguiente
y el gasto de algunos céntimos
para entrar en el anden,
nada mas con el objeto
de verme llegar y, al verme,
lanzar de prisa y corriendo
tres ó cuatro exclamaciones,
hacer otros tantos gestos,

abrazarnos al vapor
y sufrir un tiroteo
de preguntas en presencia
de curiosos ó indiscretos?
Eso la pena no vale,
en mi juicio, y mas sabiendo
que Enrique y tú me esperabais
con vuestros brazos abiertos,
y que aquí los tres podíamos,
dando rienda á nuestro afecto,
abrazarnos y charlar
sin gastos y con sosiego.

MARG. Tu nobleza me confunde...
(Abrazando de nuevo á Consuelo.)
¡Con razon mi hermano Alfredo
decia que eras un ángel!

CONS. ¡Mi esposo! El era el bueno:
yo le queria, y no mas.
Pero de otra cosa hablemos.
—¿Y Enrique? ¿Dónde está Enrique?

MARG. Ha salido.

CONS. ¿Lo estás viendo?
Algun negocio tal vez...
¿Y aun tenias el empeño
de que fuese el infeliz
á la estacion?

MARG. Nada de eso.
Salió con unos amigos...

CONS. Vamos.

MARG. Unos forasteros
que han venido aquí, á Madrid,
por unos dias...

CONS. Comprendo.

MARG. Son marido y mujer.

CONS. Ya.

MARG. Enrique, desde hace tiempo,
es amigo...

CONS. ¿De quién? ¿De ella?

MARG. No, de él.

CONS. ¡Ah!

MARG. Fué compañero

suyo de cátedra.

CONS. Bien.

MARG. Tienen su casa en Toledo.

CONS. Y los trae algun asunto...

MARG. Los trae el placer de vernos.
Enrique les suplicó
que vinieran, y accedieron...

CONS. ¡Qué me cuentas! Por lo visto,
tu marido se ha propuesto
convidar á todo el mundo;
¿porque yo supongo que esos
amigos viven aquí?

MARG. Con nosotros: ¡ya lo creo!

CONS. ¡Capricho mas singular!...
¿Y ahora han salido?

MARG. Se fueron
á la Exposicion.

CONS. ¿Y tú
no has ido tambien con ellos
por esperarme sin duda?

MARG. ¿Yo? ¡Ca!

CONS. Me engañas.

MARG. No miento.
Y si aquí me has encontrado,
no vayas á agradecérmelo,
porque nunca salgo.

CONS. ¿No?
¡Ay! Tu conducta no apruebo.

MARG. ¿Qué mal encuentras en ella?

CONS. Si tú no lo ves...

MARG. No veo
yo ninguno.

CONS. ¿No? Pues, hija,
ya te lo hará ver el tiempo.

MARG. Yo no me opongo á que Enrique
salga y entre.... y tan contento
con sus amigos va al teatro
y al Casino...

CONS. Primer yerro.

MARG. ¡Me asustas!

CONS. Hermana mia,

la soga tras el caldero.
Este refran es muy sabio,
no lo dudes: á mí, al ménos,
me dió, en vida de mi esposo,
resultados muy soberbios.
Dios su muerte decretó:
yo sus designios respeto;
pero el cariñoso lazo
que á él me unió fué tan estrecho,
que, al verle roto, no sé,
Margarita, qué mas siento:
si que él no sea ya, vivo,
mi constante compañero
ó lo que yo tardo en ser
su fiel compañera, muerto!
Pero, en fin, Dios lo dispuso...

MARG. El mal no tiene remedio...

CONS. Ni es esta ocasion tampoco
de llorar y entristecernos.
Volviendo á nuestra cuestion...

MARG. Entendernos no podremos.

CONS. ¡Qué no! ¿Por qué?

MARG. Porque tú
partes de un falso supuesto
y empiezas por acusarme
de que á mi Enrique no quiero.

CONS. No, mujer: yo no te acuso
de que se haya ya en tu pecho
extinguido aquel amor
apasionado é intenso,
que ante el altar os ha unido;
ni veas en mis conceptos
la dureza de un reproche,
que está de mi ánimo léjos:
ve nada mas, Margarita,
la dulzura del consejo.

MARG. Oigo pasos.

CONS. ¿Será Enrique?

MARG. El será.

CONS. Entónces. .

MARG. Silencio.

ESCENA III.

Dichas, JULIA, ENRIQUE y JUAN.

JUAN. ¡Apenas tiene que ver
la Exposicion! ¡Me he rendido!
Señoras... (Saludando á Margarita y á Consuelo.)
MARG. ¿Y mi marido?
JUAN. Aquí está, con mi mujer.
(Señalando á Enrique que aparece por el fondo derecha, dando el brazo á Julia.)
JULIA. Mil gracias. (A Enrique y soltándose.)
ENRIQ. No las merece.
MARG. Enrique. (Llamándole.)
ENRIQ. Qué?
MARG. Una visita
tienes aquí. (Por Consuelo.)
ENRIQ. Señorita...
(Saludando friamente á Consuelo.)
JULIA. (¡Qué galante!) (Por Enrique.)
CONS. ¡Te parece!...
(A Margarita y ofendida por el recibimiento de Enrique.)
ENRIQ. A los piés de usté...
MARG. ¿Estás lelo?
(Reconviniendo á Enrique.)
ENRIQ. Yo...
CONS. Bien: beso á usted la mano.
(Saludando á Enrique tambien con frialdad.)
MARG. ¿No conoces?...
ENRIQ. Trato en vano
de recordar...
MARG. ¡Si es Consuelo!
ENRIQ. ¡Consuelo!! (Sorprendido alegremente.)
CONS. De Bustamante:
la misma que viste y calza.
ENRIQ. ¡Bravo! ¡Magnífico! ¡Alza!
¡Otro atractivo! ¡Adelante!
CONS. ¡Qué dice! ¡No es mal bromazo!

ENRÍQ. Ahora, ante todo, le pido
dé mi torpeza al olvido
y á mí, en señal, un abrazo.

CONS. A firmar así las paces
pronta estoy.

ENRIQ. Pues á firmar.
(Disponiéndose á abrazarla.)

CONS. Mas debo antes consultar...
¿Qué dices tú? (A Margarita.)

MARG. Que le abraces.

CONS. Firme usted. (Abriendo los brazos.)

ENRIQ. ¡Qué generosa!
(Abrazando á Consuelo.)
Dando á un deber cumplimiento,
á la viuda les presento
de un hermano de mi esposa.
(Tomando de la mano á Consuelo y presentándola á Juan y á Julia.)
Mi amigo don Juan Macías
(Haciendo á Consuelo igual presentacion respecto de Juan y Julia.)
y su elegante consorte,
que pasarán en la corte
con nosotros unos dias.

JUAN. Y que ansían ya poder
complacer á usted en algo.

CONS. Yo, señores, poco valgo;
pero pueden disponer...

JULIA. Gracias.

ENRIQ. ¡Qué cumplimenteros!

JUAN. Uno no puede escusarse...

ENRIQ. Bien; mas, desde hoy, á tratarse
como amigos verdaderos.
Lo contrario, hablando en plata,
es una cosa que irrita.
Vean, si no, Margarita
con qué *sans façon* nos trata:
y eso que ya es demasiado...

JULIA. Por mi parte...

CONS. Convenido.

ENRIQ. Mujer, ponte otro vestido:
(á Margarita reconviniéndola amistosamente.)

ni siquiera te has peinado.

MARG. ¡Bah! Chico, ¿voy ahora á ser
esclava del tocador?
No tengo para ello humor.

JUAN. (¡Si fuera así mi mujer!...)

MARG. Conque no me apesadumbres
con exigencias, y deja...

CONS. Ni que fueras una vieja.

MARG. Estados mudan costumbres.

CONS. Es que, entre la esclavitud
y el abandono, figura
un medio: la compostura;
y en ella está la virtud.

ENRIQ. Eso convence á cualquiera.

MARG. ¿A cualquiera?... Vaya, Enrique,
tal máxima que se aplique
á la mujer, que es soltera.

CONS. A todas, en general.

MARG. Casada, no necesita...

JUAN. Dice muy bien, Margarita.

JULIA. Yo creo que dice mal.

JUAN. Es claro: tú has de adherirte...

JULIA. A lo bueno.

JUAN. A tu manía.
¡Si no haces en todo el dia
otra cosa que vestirte!

JULIA. Juan, con tu modo de obrar,
das á entender á la gente
que me culpas solamente
porque te duele gastar.

JUAN. (Pues algo hay de eso.)

JULIA. ¡Cómo osas
no sé!...

MARG. ¡Bah! ¿Quién tan avaro
le va á suponer?...

JUAN. Es claro:
mi mujer piensa unas cosas...

ENRIQ. Pues mira, á veces furioso
me pone verte á tí así, (A Margarita.)
temiendo que por ahí
digan que soy un roñoso.

CONS. Eso es ya mas fácil.
MARG. Justo.
Arrima leña á la lumbre.
(Reconviniendo á Consuelo.)
Quebrantando mi costumbre,
quebrantais tambien mi gusto;
con que hacedme ya el favor
de no hablar mas. .
ENRIQ. Si te enoja...
JULIA. Yo siento...
MARG. Doblemos la hoja.
JUAN. Doblémosla.
CONS. Es lo mejor.
(A Juan y á Julia despues de una pausa.)
¿Y qué les vá pareciendo
esta coronada villa?
JUAN. Señora, una maravilla.
¡Qué animacion y qué estruendo!
¡Por todas partes, qué flujo
de gentes!... ¡Si dan mareos!...
¡Y qué cafés!... ¡Qué paseos!
Y sobre todo, ¡qué lujo!
JULIA. Yo no opino de ese modo;
pensé encontrar mas, ya ves.
ENRIQ. Juan, lo que has de decir es
¡qué mujeres, sobre todo!
CONS. Ya se fija (A Margarita por Enrique.)
MARG. Por supuesto. (Con indiferencia.)
JULIA. Tal cosa Juan no dirá.
ENRIQ. ¿Por qué?
JULIA. ¡Ya se guardará!...
(Amenazando á Juan.)
CONS. (¡Malo! No me gusta esto.)
JUAN. (Enrique me compromete.)
JULIA. ¡Fijarse en mujeres!...
ENRIQ. Claro.
JUAN. Yo en ellas nunca reparo...
(Haciendo señas á Enrique para que calle.)
(¡Uy! ¡Las hay de rechupete!)
JULIA. ¡Y cuidado que suceda!
CONS. Segun se esplican, ya veo

que bien se ha corrido...

JUAN. Creo
que nada que ver nos queda.

ENRIQ. ¡Uf! ¡Si nos falta que ver!...
¡La mar!

JUAN. ¿Aquí? La veremos.

ENRIQ. ¡Vaya!

JUAN. A bien que no tenemos
otra cosa mas que hacer.
Porque solo hemos venido
por hacer una visita
á Enrique y á Margarita...

JULIA. Y á comprar algun vestido.

JUAN. (Despues de hacer un gesto y refiriéndose à Enrique.)
Este tanto nos rogó
que, porque no lo tomara
á desaire y se enfadara...

CONS. Por lo mismo vengo yo.

ENRIQ. Si el móvil solo fué ese...

MARG. Si les pesa estar aquí...

JUAN. ¡A mí pesarme!

JULIA. Ni á mí.

CONS. Ni á mí creo que me pese.
Si acaso á ustedes será. (Por Enrique y Margarita.)

MARG. Calla...

ENRIQ. ¿A mí?

CONS. Los convidados
siempre imponen mil cuidados.

JULIA. ¡Vaya!

ENRIQ. ¡A mí pesarme! ¡Ca!

CONS. Al decir esto, me fundo...

ENRIQ. ¡Pesarme á mí! ¡Tontería!
¡Pues si mi gusto seria
traer aquí á todo el mundo!

CONS. ¡Capricho mas singular!

JULIA. Pues yo me lo esplico.

CONS. ¿Sí?

JUAN. Tiene esta mucho de aquí. (Indicando talento.)

ENRIQ. Si es muy fácil de esplicar.

CONS. Pues por mas que yo discurro...
¡Sacrificarse!...

ENRIQ. Al revés:
¡si no hay sacrificios! Es
que, estando solo, me aburro.
En mí no hay mas que egoismo.
CONS. ¿Y no vas tú á protestar? (A Margarita.)
MARG. ¿Yo? No.
ENRIQ. ¿Quiere usted callar?
¡Si á esta le pasa lo mismo! (Por Margarita.)
CONS. Unidos los dos, por Dios,
la soledad no se vé.
ENRIQ. Es que, yo le diré á usté:
vivimos solos los dos.
CONS. Justo, como aquellos bolos,
que eran mas de un centenar,
y se dejaron robar
por cuatro, porque iban solos.
ENRIQ. ¿Comprende usted?
JUAN. (¡Lo que sabe!.) (Por Consuelo)
CONS. ¡Pues no lo he de comprender!
Y tambien que hay que poner
remedio; pero eso es grave
y ocasion no es adecuada...
ENRIQ. Sí, tenemos que almorzar
y usted querrá descansar...
CONS. No, señor: no estoy cansada.
MARG. Lo que quieras hacer puedes.
CONS. A asearme un poco voy:
cinco minutos, y estoy
á las órdenes de ustedes.
Yo siento mucho...
ENRIQ. Al contrario.
CONS. Señora... (Despidiéndose de Julia y de Juan.)
JULIA. Una amiga fiel... (Ofreciéndose á Consuelo.)
MARG. Este es tu cuarto, y en el
(Indicando la segunda puerta izquierda.)
hallarás lo necesario.
CONS. Hasta luego.
ENRIQ. Sin esfuerzo,
que nadie la corre á usté.
CONS. Gracias. (Vase segunda puerta izquierda.)
MARG. En tanto, veré
cómo llevan el almuerzo. (Vase fondo izquierda.)

ESCENA IV.

Dichos, ménos CONSUELO y MARGARITA.

ENRIQ. Dispense usté á Margarita
si entra y sale...
JULIA. ¡No faltaba!...
JUAN. Hombre, tratadnos lo mismo
que si fuéramos de casa.
ENRIQ. Ya estás viendo que lo hacemos.
JUAN. Si no, tomamos la máquina
y en Toledo falta gente;
porque eso de venir para
incomodar, con franqueza,
no me hace ninguna gracia.
JULIA. Además, Enrique, que
yo tambien necesitaba
arreglarme un poco...
ENRIQ. ¿Si?
JUAN. ¡Calle! ¿No estás arreglada?
JULIA. Para almorzar es preciso
que cambie de traje.
JUAN. ¡Cáscaras!
¡Y van tres!
ENRIQ. Hace muy bien.
JULIA. Y no pongas esa cara,
que es la propia de un dolor
de muelas y de la rabia.
JUAN. Hija mia, pues lo siento:
si yo tuviera las caras
con la misma profusion
que tú los vestidos...
JULIA. ¡Vaya!...
JUAN. Ahora me pondria otra:
la de la boca mas ancha,
que, para almorzar, seria
la mas propia y adecuada;
pero no tengo mas que esta.
JULIA. Si que tienes otra: ¡sácala!

ENRIQ. Vamos, Juan, sé complaciente.
JUAN. Pero ¡por la Vírgen Santa!...
JULIA. Y, si no, que no lo sea.
JUAN. Julia...
JULIA. Si se me desmanda,
ya sabe...
JUAN. ¡Calla, por Dios!
ENRIQ. ¡Hola! ¡Hola!
JULIA. Ya sabe...
JUAN. Calla. (Suplicando.)
¿Estás contenta? (Sonriéndose á Julia.)
ENRIQ. Es chistoso.
JUAN. Vete á poner la cuchara;
quiero decir, el vestido
para almorzar.
JULIA. Muchas gracias.
Con el permiso de usted... (A Enrique.)
ENRIQ. Usted, Julia, es la que manda.
(Vase Julia primera puerta de la derecha.)

ESCENA V.

ENRIQUE Y JUAN.

JUAN. ¡Pero, hombre, no es un abuso!
¡Tres trajes ya esta mañana!
Para ir á misa el primero,
otro distinto llevaba
para ver la Exposicion:
ahora, ya has visto, y aguarda,
¡que á este paso!...
ENRIQ. ¡Pero tienes
una mujer!...
JUAN. ¡Patarata!
¡Qué he de tener!
ENRIQ. ¿Cómo no?
JUAN. ¡Pues claro! Tanto se gasta
en ese eterno tragin
de encajes y zarandajas,
que, en resúmen, no me queda
mujer á mí para nada.

ENRIQ. ¡Qué modo de exagerar!
JUAN. ¡No exagero! Por desgracia,
su manía es tan notable
que al punto á la vista salta.
Tú mismo confesarás...
ENRIQ. De todas maneras, dada
tu posicion envidiable,
que permite satisfagas
los caprichos de tu esposa
sin que te apuren y abatan
los gastos de hoy, por los gastos
que tengas que hacer mañana,
creo que debes mirar,
no con esa horrible cara
de Octubre, que asusta á Julia,
sino con cara de Pascua,
el culto, que ella se rinde,
y que no es mas, en sustancia,
que el deseo de aumentar
sus encantos y sus gracias
á los ojos de un marido,
á quien quiere con el alma.
JUAN. ¿A mis ojos?... Si así fuera,
con resignacion mirara
ese afan de acicalarse
que me hace estar siempre en ascuas.
ENRIQ. No comprendo...
JUAN. Yo me llamo...
ENRIQ. Juan... Macías.
JUAN. ¿Sí? Pues... ¡cáspita!
tengo miedo, mucho miedo
á que me llamen Juan... Lanas.
ENRIQ. ¿Pero por qué?
JUAN. ¿Tú no dices
que mi Julia se engalana
para aumentar sus encantos?
ENRIQ. A tus ojos, cosa clara.
JUAN. ¿Y suceder no pudiera
que fuese á otros ojos?
ENRIQ. (Reconviniendo á Juan.) ¡Calla!...
JUAN. ¡Si vieras este temor

de qué manera me alarma!...

ENRIQ. ¿Tienes algun fundamento?...

JUAN. ¡Ay, Enrique de mi alma!
¡Soy muy infeliz!

ENRIQ. ¡Demonio!

JUAN. Te voy á hablar como se habla
al confesor.

ENRIQ. Como debes
á un amigo de la infancia.

JUAN. Ven aquí, no sea cosa
que ella nos aceche y vaya...
(Conduciendo á Enrique hacia la izquierda.)

ENRIQ. ¿Conque Julia, segun eso,
te faltó?...

JUAN. ¡Chist! La voz baja.

ENRIQ. Tienes razon: ¿conque Julia
(Bajando mucho la voz.)
te faltó á la fé jurada?

JUAN. ¡Eso fuera preferible!

ENRIQ. ¡Cómo!

JUAN. Digo, no: ¡caramba!
No me hagas caso. ¡Si tengo
la cabeza trastornada!

ENRIQ. ¡Ahora me sales con esas!

JUAN. ¡Me gusta!

ENRIQ. Y yo te escuchaba,
necio de mí, tan formal
creyendo que...

JUAN. ¡Pues me agrada!
¿Luego segun tu opinion,
á la verdad muy estraña,
no puedo quejarme sin?...

ENRIQ. Sin que tengas una causa,
y tú te quejas de vicio.
Ese temor, de que me hablas,
es falso.

JUAN. ¡Pluguiese al cielo!

ENRIQ. ¡Es falso!

JUAN. ¡Que no!

ENRIQ. Es la capa
con que intentas encubrir,

por cierto, con poca maña,
una gran tacañería
que puede costarte cara.

JUAN. Te aseguro...

ENRIQ. Aunque lo jures.
¿Piensas que á mí se me engaña?

JUAN. Si no trato de engañarte.

ENRIQ. Tu mujer es una alhaja...

JUAN. ¡Dí, mas bien, un alhajero!

ENRIQ. Y tú debes adorarla.

JUAN. Si la adoro.

ENRIQ. Y no ofenderla
con queja alguna. Compara
lo que hace ella...

JUAN. El condenado
no me deja meter baza.—
Pero si...

ENRIQ. Compara á Julia....

JUAN. Comparo á Julia.

ENRIQ. ¡Compárala
con Margarita, y verás
si no es mayor mi desgracia!

JUAN. ¡Qué escucho!

ENRIQ. Juan, no te quejes
(Con solemnidad.)
sin una razon fundada,
que Dios castiga sin palo.

JUAN. ¿Y á tí razon no te falta?

ENRIQ. Faltarme á mí!

JUAN. ¡Me confundes!

ENRIQ Claro, sin duda pensabas
que tu pobre amigo Enrique
era feliz!...

JUAN. Santa Bárbara!
¿Conque Margarita?...

ENRIQ. Sí.

JUAN. Vamos á ver, ¿y á quién ama?

ENRIQ. ¡Ojalá que amase á alguno!

JUAN. ¡Pero, hombre!...

ENRIQ. Digo que ojála
Margarita á alguno amase,

si ese alguno fuese...
JUAN. Acaba.
ENRIQ. Si ese alguno fuese yo.
JUAN. Vamos, déjate de chanzas.
ENRIQ. ¡Pues me gusta la salida!
Tú eres quien ha de dejarlas,
que yo te hablo muy formal.
—Siguiendo la opuesta marcha
de tu mujer, Margarita,
á las dos ó tres semanas
de celebrar nuestra boda,
parecia trasformada.
JUAN. ¿Cómo es eso? (Con interés.)
ENRIQ. De soltera,
vestia con elegancia.
Tocaba...
JUAN. ¿El piano?
ENRIQ. ¿Mas cómo?
¡De un modo que arrebataba!
Alegre, pero discreta;
oportuna en sus palabras,
con la boca sonreia
y con los ojos hablaba.
Y no vayas á creer
que ella estuviera educada
para lucir solamente
en medio de esa algazara,
donde brilla mas la jóven
que una polka mejor baila,
ó toca á Strauss *á merveille*,
ó interpreta bien un aria.
Por lo hacendosa y lo buena,
Margarita era, en su casa,
un tesoro de esos que
el hombre rara vez halla,
y, en los salones, la flor
mas bella y mas codiciada,
la mas donosa y perfecta
de esa viviente guirnalda,
que en torno de ellos se admira,
y que forman hermanadas

la hermosura, la inocencia,
la juventud y la gracia.
Poseer á Margarita,
era tener alcanzada
toda la dicha que Dios
al hombre, en el mundo, guarda;
porque, para no cansarte,
en Margarita brillaban
juntas las tres hermosuras
en que esa dicha descansa:
la hermosura del talento,
la del cuerpo y la del alma!

JUAN. ¡Igual que mi Julia! ¡Igual!

ENRIQ. ¿Qué dices?

JUAN. Que la retratas
de una manera admirable.

ENRIQ. Pero tu Julia casada
es, Juan, tu Julia soltera.

JUAN. Tuvo tambien su mudanza.

ENRIQ. ¿Dejó de vestirse?...

JUAN. Sí.

ENRIQ. ¿Y de tocar?...

JUAN. Me costaba
sudar la gota tan gorda
lograr que alzase la tapa
de su piano, y que tocase
dos notas, de mala gana.

ENRIQ. ¿Y se negaba á salir?...

JUAN. Jamás salia de casa.

ENRIQ. De modo que, por las noches,
tú, hastiado en una butaca
y ella, en otra, ¿os dormiriais?...

JUAN. Justo, y despues á la cama,
por variar.

ENRIQ. Pero eso aburre.

JUAN. ¡Ay, Enrique! Esa es la causa
de mis temores presentes,
y mi futura desgracia!

ENRIQ. Esplícate...

JUAN. Tienes tú
la pachorra, la cachaza

de tolerar resignado?...
ENRIQ. ¿Esa vida? ¿Y quién la aguanta?
Mi casa es un cementerio:
Margarita á nadie paga
las visitas, y está claro,
nadie viene á visitarla.
Así es que, como un recurso,
pues tengo libertad amplia,
voy al café por las noches,
ó al casino; pero cansa
esto tambien, y de ahí
esa manía, que rara
mas de cuatro creerán,
de traer gentes á casa.
JUAN. ¡Cuánto te envidio! ¡Aunque hastiado,
vives mecido en las auras
de la mas pura inocencia!
ENRIQ. ¿Tú acaso?...
JUAN. ¡Soy un canalla!
—Aburrido de dormir
y de cafés me encontraba,
cuando pasó por Toledo,
al rededor de la Pascua,
una mala compañía
bufo-lírico-dramática.
Hacian la Gran Duquesa
y yo tomé una butaca...
por recurso.
ENRIQ. ¡Vamos, ya!
¿Te gustó una suripanta?...
JUAN. No tal: me gustaron todas,
y eso que ni una era guapa.
Pero acostumbrado á ver
siempre á Julia hecha una facha,
aquellas feas, vestidas,
¡ay! me parecieron hadas.
¡Qué botitas imperiales
y¡ qué!...
ENRIQ. ¿Sí, Juan?
JUAN. Pero tapa.
Yo á los Bufos me aboné;

mas como todo se charla
en Toledo, en decir dieron
si las botitas de una alta
eran mias...

ENRIQ. ¿Cómo tuyas?... (Mirándole los piés.)

JUAN. Es decir, por mí pagadas.
Mi mujer quiso inquirir...

ENRIQ. Y veria que era falsa
la noticia.

JUAN. Vió otra cosa. (Con desconsuelo.)

ENRIQ. ¡Zambomba!

JUAN. Se dió tal maña
en averiguar, Enrique,
que Julia me averiguó hasta
el año de las monedas
con que yo pagué la dádiva.

ENRIQ. ¡Qué pelotera tendriais!

JUAN. ¡Uf! No quiero recordarla.
Solo te diré que, en nombre
de su virtud ultrajada,
á su gusto me arañó
y me arrancó media barba.

ENRIQ. ¿Y tú?...

JUAN. ¿Qué habia de hacer?
Confundido con mi falta,
cuando las manos abrieron
algun paso á las palabras,
su dejadez y abandono
atrevíme á echarle en cara,
y... ¡aquí te quiero escopeta!
de nuevo se puso en jarras
¡y echó por aquella boca!...
—¡Yo no te he faltado en nada!
¡Yo te soy fiel! ¿Qué mas quieres?
—¿Qué mas quiero? ¡Eso no basta!
—Pues bien, ¡yo me vestiré!
¡Y desde hoy, cuando tú salgas,
saldré contigo! Y si alguno
me encuentra linda, ¡te aguantas!
¡Y además tendré caprichos!
Y, si por ellos te enfadas,

¡te llamaré... suripanto!
—¿Quieres tú mayor desgracia?

ENRIQ. Tu situacion es muy crítica.

JUAN. ¡Es muy horrible! Escudada
mi mujer en su virtud,
que sin cesar me decanta,
me hace vivir bajo el peso
de una contínua amenaza,
y esto, ya ves tú...

ENRIQ. ¿Y á mí,
Juan, ¿que me están dando ganas
de ir esta noche á los Bufos?

JUAN. ¡No los nombres! (Aterrorizado.)

ENRIQ. Pero...

JUAN. ¡Calla!

ENRIQ. Pues tenemos que poner
un remedio á lo que pasa.

JUAN. Eso sí; mas punto en boca,
que se acerca tu cuñada.

ESCENA VI.

Dichos y CONSUELO. (Con traje sencillo de casa.)

ENRIQ. Consuelo, ¡bien! ¡Qué elegante!

CONS. ¿Elegante?

ENRIQ. Ya se vé.

CONS. Lo que veo es que es usté
muy burlon, ó muy galante.

ENRIQ. Ni galante, ni burlon:
que diga Juan, que es sincero...

CONS. Que lo diga el compañero...

JUAN. Enrique tiene razon.

CONS. En su buena intencion creo
y agradezco sus mercedes;
pero confunden ustedes,
con la elegancia, el aseo.
La elegancia es otra cosa.

JUAN. ¿Y definirnos podrá?...

CONS. Sí señor; pero lo hará
mejor que yo...
JUAN. ¿Quién?
CONS. Su esposa.
(Al verla aparecer muy vestida por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

DICHOS Y JULIA.

JUAN. ¡Jesús!
ENRIQ. ¡Bravo!
JUAN. ¡Vaya un flujo!...
CONS. Eso es elegancia.
JUAN. ¿Sí?
JULIA. Es favor...
JUAN. Lo será aquí;
pero eso, en Toledo, es lujo.
CONS. Tal vez.
ENRIQ. Abultas.
JUAN. Ni cuatro
que vistan tanto hallarás.
JULIA. Allí se visten no mas
las bufas en el teatro. (Con intencion.)
JUAN. (¡Adios!)
ENRIQ. Juan, que te desbocas.
(A Juan en confianza.)
JUAN. ¿Has visto tú qué mujer? (A Enrique.)
ENRIQ. ¿Pero, chico, qué ha de hacer
la pobre, si la provocas?
(A Juan con quien seguirá hablando.)
JUAN. Yo no puedo resistir
tal lucha...
ENRIQ. Resignacion.
CONS. (A Julia con quien habrá estado hablando.)
Tiene usted mucha razon;
que, en materia de vestir,
entre esta, que queda atrás,
y aquella, que sobresale,

no hay duda, Julia, mas vale
pecar por carta de mas.

JULIA. Por desgracia, lo he aprendido.

JUAN. ¡Uf! ¡Por desgracia! ¡Otro jaque! (A Enrique.)

ENRIQ. (¡Fuerza será que le saque
del lance en que está metido!)

CONS. La mujer males evita
empleando un ten con ten.

ENRIQ. ¡Pues señor, estamos bien!
¿Qué es lo que hará Margarita?

JULIA. Deje usted...

ENRIQ. ¡Es mucha esposa!

CONS. Con los cuidados que tiene,
andará...

ENRIQ. Pues, mientras viene,
hagamos alguna cosa.

CONS. Ya estamos aquí, en tertulia...

JUAN. (¡Para que yo el blanco sea!...)
¡No, no, otra cosa!

ENRIQ. ¡Oh! ¡Qué idea!
Que toque el piano Julia.

JUAN. Sí, que toque.

JULIA. Tocaré.

CONS. Yo celebro...

JUAN. (Así descanso.)

JULIA. Muchas gracias.
(A Enrique que la conduce al piano.)

ENRIQ. No me canso,
de admirarla, y ahora usté
(A Julia conduciéndola al piano.)
me dará nueva ocasion...

JULIA. Como yo toca cualquiera.
¿Qué va á ser? (Disponiéndose á tocar.)

CONS. Lo que usted quiera.

JULIA. ¿Unos walses?

ENRIQ. Atencion.—
¡Divinos!—¡Sabe escoger!
(Siguiendo el aire del wals y aplaudiendo á Julia.)
Luego, tocados así...

JULIA. ¿Los conocia usted?

ENRIQ. Sí:

los tocaba mi mujer.

JULIA. Entonces, callo. (Sin dejar de tocar.)

ENRIQ. No tal.
Usted los realza.

JULIA. No es cosa...

ENRIQ. ¡Vaya! Y eso que mi esposa
no los tocaba muy mal.
Pero no hay comparacion.
—¡Amigo, eres muy dichoso!
(Sin separarse del lado de Julia, á Juan que estará sentado, lo mismo que Consuelo, escuchando con satisfaccion.)

JUAN. ¿Yo? ¡Muchísimo!

JULIA. ¡Oh! ¡Mi esposo!

JUAN. Ya te he dicho... (A Enrique.)

JULIA. ¿Sí?

ENRIQ. ¡Bribon!
¡Debes pasar una vida!..
Yo la miro con enojos.

CONS. (Es preciso abrir los ojos
á Margarita en seguida.)

ENRIQ. ¡Bravo!
(Aplaudiendo, con Consuelo y Juan, á Julia, que acabará de tocar.)

JULIA. Agradezco el favor...
(Separándose del piano.)

CONS. No, que toca usted muy bien
y es solo justicia.

ESCENA VIII.

DICHOS Y MARGARITA.

MARG. ¿Quién (Saliendo por el fondo izquierda.)
tocaba con tal primor?

ENRIQ. Julia.

JULIA. Señora...

ENRIQ. Te advierto
que ejecuta...

MARG. La he admirado.

ENRIQ. Hemos aquí improvisado
una especie de concierto
mientras llegaba la hora
del almuerzo, y esta amiga
se ha lucido!

MARG. Pues que siga.

ENRIQ. ¿Por qué no tocas tú ahora? (A Margarita.)

CONS. ¡Es verdad! Sí, Margarita.

JULIA. No haya escusa, porque sé
que usted toca...

MARG. ¿Yo? Toqué.

CONS. Vamos, anda. (Animando á Margarita.)

MARG. Quita, quita.

CONS. Haces muy mal.

MARG. Bueno fuera
que me pusiera ahora ahí...

ENRIQ. Cuando la oigo hablar así,
mire usted, ¡me desespera!
(A Julia por Margarita.)

JUAN. No nos niegue uste el honor
de admirarla.

MARG. Por supuesto.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS y el CRIADO.

CRIADO. El almuerzo está dispuesto. (Desde el fondo.)

MARG. A almorzar.

ENRIQ. Es lo mejor:
así tal vez evitemos...
Julia.. (Ofreciéndole el brazo.) Mujer mas agreste!..
(Dirigiendo una mirada de resentimiento á Margarita y yéndose hácia el fondo con Julia, que acepta su brazo.)

JUAN. ¿Gusta usted?... (Ofreciendo el brazo á Margarita.)

MARG. No se moleste...
(Vase solo Juan despues de hacer un gesto.)

CONS. Tengo que hablarte. (A Margarita con interés)

MARG. Hablaremos,

Consuelo, si lo deseas;
pero, sin duda, querrás...

CONS. Probarte que ciega estás
y que es preciso que veas.
(Se dirige al fondo con Margarita.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

CONSUELO Y MARGARITA.

CONS. (Sale hablando con Margarita por el fondo izquierda.)
Sí, Margarita, es preciso,
muy preciso que te hable.
MARG. Si te empeñas...
CONS. Ya lo creo.
Te amenaza un mal muy grave
y yo me debo asociar,
á tí para conjurarle.
MARG. El cariño que me tienes
te finje contrariedades
y peligros que no existen...
CONS. ¡Ojalá que tú acertases!
Pero ese mal que preveo
es un hecho, está palpable,
y hoy tal vez remedio tiene,
mañana seria tarde.
MARG. ¿Sabes que me asustarias
teniendo yo otro carácter?
CONS. ¡Ay! Pues ganarias mucho
si yo lograra asustarte.

Siéntate, y ya que tu esposo
(Se sientan Consuelo y Margarita.)
saborea en este instante
su cigarro y su café,
y que están acompañándole
su amigo Juan y consorte,
tienes tú que resignarte
á que tu hermana Consuelo
te diga cuatro verdades.

MARG. Empieza, pues, cuando gustes.

CONS. Bien está: vamos por partes.
—¿Tú quieres á tu marido?

MARG. ¡Qué pregunta!...

CONS. No te estrañe.

MARG. Le quiero con toda mi alma.

CONS. Corriente:—¿y te es importante
que él te quiera?

MARG. ¡Pues me gusta!

CONS. Contesta.

MARG. ¿No ha de importarme?
Me faltaria la vida
como su amor me faltase.

CONS. Pues no lo entiendo.

MARG. ¿Por qué?

CONS. Porque estás dando señales
muy claras, con tu conducta,
de una indiferencia grande.

MARG. Pero es posible que digas...

CONS. Una de dos, no hay escape:
ó no haces tú lo que sientes,
ó no sientes lo que haces.

MARG. ¿Mas qué tengo que hacer yo?

CONS. Margarita, aunque te amargue,
por esta vez me he propuesto
ser contigo inexorable.
Segun á mí me decia
tu hermano, que en paz descanse,
cuando á Enrique conociste
eras tú muy elegante:
celebraba todo el mundo
tu gracejo y tu donaire,

y no ocultabas, á mas
de esas dotes envidiables
que Dios da á las criaturas,
algunas habilidades
que tan solo se consiguen
con un estudio constante,
y que aumentaban en tí
los encantos naturales.
¿No es esto verdad?

MARG. Consuelo...

CONS. La modestia deja aparte
y dí la verdad, ¿lo entiendes?
pues, por mucho que te alabes,
yo no te he de preguntar
por tu abuela, ni por nadie.
Demasiado sé...

MARG. Es muy cierto.

CONS. Pues bien, ¿quieres esplicarme
la mudanza que hallo en tí?
¡Oh! Yo no quiero engañarte,
me he llevado, al verte, un chasco
que ha helado toda mi sangre.
Tan parada... tan insulsa...
y luego con ese traje!...
¡Bah! ¡Me has parecido fea
y hasta tonta! No te enfades.

MARG. Pero, mujer, ya te he dicho
que seria violentarme
ahora...

CONS. ¿Sí? ¿Dime y por qué
no te violentabas antes?

MARG. Antes, era natural.
Vamos, ¿qué seguridades
tenia yo del cariño
de Enrique?

CONS. Ya me persuades.

MARG. De su amor no estaba cierta,
y el deseo de agradarle...

CONS. Margarita, ¿y no conoces
que la mujer, que se atrae
el cariño de un esposo,

debe poner, por su parte,
si lo logró cuidadosa,
mas cuidado en conservarle?

MARG. Enrique me quiere: ¡vaya!

CONS. No te fies.

MARG. No le ultrajes.

CONS. El te querrá; mas se hastía,
y amor que comienza á hastiarse...

MARG. ¿Pero acaso impido yo
que él haga su gusto?

CONS. ¿Y qué hace?
Si está en casa, dormitar
en un sillon sin que le hables.

MARG. ¡Es mucho!... ¿Y qué he de decirle?

CONS. ¡Y tú le amas!—¡Disparate!

MARG. ¡Si todo lo hemos hablado!

CONS. Esas son vulgaridades.
Entre dos séres, unidos
por estrecho lazo amante,
las palabras son, hermana,
una cosa inagotable.
Por mucho que se hayan dicho,
¿cómo es posible que callen
si ven que, al callar, les queda
por decir la mejor frase?

MARG. Pues á mí no se me ocurre
qué decirle, ya lo sabes.
Luego el mal es para mí:
porque el va al café...

CONS. Llevándose
encima ese mismo hastío.
Margarita, desengáñate:
la compañía querida
de una mujer adorable,
para quien la ha disfrutado
como Enrique, no te canses.
es una necesidad
que jamás se satisface.
Falto de ella, tu marido
distracciones agradables
busca en cafés y teatros;

pero como ve aumentarse
la sed que en el alma lleva:
como nada le distrae,
porque él no tiene oficina
ni negocios que le llamen
y es rico sin trabajar;
hoy procura rodearse
de amigos y gente estraña
que, al pronto, quizá le saquen
de esa cruel monotonía
que le consume y abate;
pero verá que no existe
nada que su sed aplaque,
verá que el lazo, que os une,
sueltas en vez de apretarle;
verá que llama á tu puerta
y que llama siempre en balde,
y quizá mañana Enrique
de tu camino se aparte
en busca de un bien perdido,
que no le procura nadie,
y ¡ay de tí! ¡si en otra puerta
le responden, cuando llame!

MARG. ¡Será posible!
CONS. Silencio.
Creo que vienen...
MARG. Si.
CONS. Cálmate.
(¡La voz de alerta está dada!)
MARG. (¡Faltarme Enrique!... No es fácil.)

ESCENA II.

DICHOS, JULIA, ENRIQUE Y JUAN.

ENRIQ. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué original!
(A Julia, con la que saldrá, llevándola del brazo, por el fondo izquierda. Juan detrás.)
¡Tiene usté unas ocurrencias!

MARG. ¿Ves? Enrique está contento.
(A Consuelo llamándole la atencion acerca de la alegría de Enrique.)
CONS. ¡Con otra! ¡Y eso te alegra!
(Con intencion á Margarita.)
JUAN. Mi mujer es muy graciosa.
ENRIQ. Mucho, y hoy está de vena.
JULIA. No diga usted...
ENRIQ. ¡Pero calle!
(Reparando en Consuelo y Margarita.)
¿Por aquí anda esta pareja?
¿Dónde se han metido ustedes?
MARG. Ya te dije que una vuelta
debia dar...
ENRIQ. Margarita
está siempre dando vueltas.
Lo advierto ahora para que
no les causen estrañeza
sus repetidos eclipses.
CONS. ¿Sí? Pues harto lo siente ella.
JULIA. Las amas de casa, amigo...
ENRIQ. ¡Qué, señora! ¡Si ya es tema!...
Siempre huyendo de las gentes...
JUAN. Vamos, Enrique, no creas...
MARG. ¿Qué he de huir?
ENRIQ. Y usted, Consuelo,
mal hace en seguir sus huellas.
Déjela: no sea tonta.
CONS. Por esta vez, no me pesa.
Hemos estado charlando...
ENRIQ. ¿Sí? Pues habrá sido amena
la conversacion: por parte
de esta, se entiende: antes era
otra cosa.
MARG. Yo...
ENRIQ. ¡Pero ahora!...
Alguna palabra suelta,
y... pare usted de contar.
CONS. Pues hoy mudó de sistema,
porque las dos de lo lindo
hemos soltado la lengua:

y no nos han ocupado
tonterías y simplezas.
ENRIQ. (¡Pues es muy raro!) ¿Y qué ha sido?...
CONS. Amigo, cosas muy serias.
ENRIQ. ¡De todos modos, lamento
que abandonaran la mesa,
porque nos ha hecho esta amiga
pasar un rato!...
JULIA. No crea
usted lo que Enrique dice.
Solo su benevolencia....
ENRIQ. ¡Qué cuentos nos ha contado!
JUAN. ¡Chistosísimos! De veras.
CONS. Pues siento...
ENRIQ. Ustedes se fueron...
MARG. No lo tome usted á ofensa.
JULIA. ¿Yo? No.
ENRIQ. Nada, en el pecado
llevaron la penitencia.
CONS. Otro dia nos dirá...
JULIA. Por mí, cuando ustedes quieran.
ENRIQ. Y para hoy ¿qué plan tenemos?
JUAN. Eso tú, tú...
ENRIQ. Ya son cerca
de las dos: hasta las seis,
hora de comer, es fuerza
ver como el tiempo matamos.
JULIA. Podemos dar unas vueltas
por la Fuente Castellana.
ENRIQ. De fijo que eso le alegra
á mi esposa; ¡es tan amiga
de darlas!...
MARG. Pero...
ENRIQ. ¿Lo apruebas?
CONS. Dí que sí. (A Margarita.) ¡No ha de aprobarlo!
MARG. Pues ya se vé.
ENRIQ. ¡Santa Tecla!
¡Del purgatorio ha debido
salir algun alma en pena!
MARG. Mas no quiere decir esto
que yo vaya...

ENRIQ. ¡Ah! ¿Tu te quedas?
MARG. Claro.
ENRIQ. ¡Ya decia yo!
Son de otra clase las vueltas
que suele dar Margarita.
JULIA. Venga usted. (A Margarita.)
JUAN. Sí, sí, que venga.
MARG. ¡Pero si estoy sin vestir!
CONS. En un instante te arreglas.
MARG. ¡Por Dios, Consuelo, calla! ¡Ahora
voy á emprender la tarea!...
ENRIQ. Si ella en casa se divierte,
dejarla que se divierta.
JULIA. En fin, decidan ustedes...
MARG. Es que por mí...
ENRIQ. ¡Buena es esa!
(Haciendo sonar el timbre.)
Ya está, Julia, decidido.
Que enganchen la carretela.
(A un criado que aparece por el fondo y se va despues de recibir la órden.)
JULIA. Entónces, voy á vestirme.
JUAN. ¡Otra vez!
JULIA. Juan, no me tuerzas
los ojos.
JUAN. Si no los tuerzo.
JULIA. Tengamos en paz la fiesta.
JUAN. ¡Qué aprension!
JULIA. ¡No es aprension!
JUAN. Vamos, hombre, con franqueza, (A Enrique.)
¿bizco yo ahora?
ENRIQ. No, no bizca.
JUAN. (¡Ay, Señor! ¡Prestadme fuerzas!)
JULIA. Pues con permiso de ustedes;
al instante estoy dispuesta.
(Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA III.

DICHOS ménos JULIA.

ENRIQ. ¿Y usted vendrá con nosotros? (A Consuelo.)
CONS. Si me dan antes licencia
para escribir mi llegada
á mi tio...
ENRIQ. Usted ordena
en esta casa. Y el bueno
de don Joaquin ¿cómo queda?
CONS. Muy bien, con su humor de siempre.
ENRIQ. ¡Cuánto le envidio! ¡Oh! ¡Qué idea!
Por postdata, y en mi nombre,
dígale usted que se venga
unos dias con nosotros
y echará una cana fuera.
CONS. No es posible...
MARG. ¿Quién le arranca
con sus costumbres añejas?...
CONS. No obstante, yo haré el encargo.
ENRIQ. Pero con mucha insistencia.
CONS. ¿Me acompañas, Margarita?
Aunque traigo en mi cartera
papel y lo necesario...
MARG. Yo te daré lo que quieras.

ESCENA IV.

ENRIQUE y JUAN.

JUAN. ¡Decir que bizco! ¡Me sale
con cosas siempre!... ¡Ahí es nada!
ENRIQ. ¿Sabes tú que mi cuñada
es una viuda que vale?...
JUAN. Mucho, Enrique, es un lucero;
¡si fuese soltero yo!...
ENRIQ. ¡Qué! ¿Te casarias?
JUAN. No;
me quedaria soltero.

ENRIQ. ¡Qué injusto!...
JUAN. ¡Por Belcebú!...
ENRIQ. ¿A qué con esas me vienes?
La compañera que tienes
no te la mereces tú.
JUAN. ¡Estraña galantería
con mujeres, que me enfadan!
¡Hombre, á tí todas te agradan!
ENRIQ. Todas, sí, ménos la mia.
Y no por esto á mi esposa
quiero mal.
JUAN. Pues no me esplico...
ENRIQ. Al contrario; pero, chico,
¡si se me ha vuelto tan sosa!...
JUAN. ¿Prefirieras tú los tufos
de Julia?
ENRIQ. ¡Pues ya se vé!
¡Si estoy decidido!...
JUAN. ¿A qué?
ENRIQ. ¡A todo! Hasta ir á los Bufos.
JUAN. De tu paz con los despojos
comprarás ese capricho.
Margarita aun no te ha dicho
que pones bizcos los ojos.
ENRIQ. ¡Vaya un mal!
JUAN. A mí me aterra.
ENRIQ. ¡Cómo!
JUAN. Me exalta la bílis.
Tú no sabes el busílis
que en esa frase se encierra.
ENRIQ. Esplícame...
JUAN. Cuando rotas
ví mi paz y mi ventura,
por aquella travesura
consabida de las botas,
mi mujer, furiosa ya,
me dijo: — Verás muy presto,
tú verás cómo hago esto,
lo otro y lo de mas allá.
Tú verás si tu mujer
con razon se queja, ó no;

tú verás lo que hago yo:
lo verás: ¡si lo has de ver!
Y, soltándome un pellizco,
y aquello de suripanto,
acabó: vas á ver tanto...
que te vas á quedar bizco!

ENRIQ. ¡Horrible es la profecía!
JUAN. Capaz de dar una tísis.
Para salir de esta crísis,
díme, Enrique, ¿yo qué haria?
Porque necesito hacer
algo; si no, es imposible...
ENRIQ. Si no fueras reprensible,
tú podrias reprender.
JUAN. Aquí todo el mal estriba
en que ella alarde de buena
puede hacer.
ENRIQ. ¿Y eso te apena?
JUAN. Te diré...
ENRIQ. Que mientras viva
pueda hacerlo.
JUAN. Se comprende.
ENRIQ. La paz, si no, fuera cara.
JUAN. Pero si ella tropezara...
¡sin que cayera, se entiende!
ENRIQ. Mira, deja esa tarea...
JUAN. Si yo pudiera lograr...
ENRIQ. Juan, que te puede costar
la torta un pan.
JUAN. ¡Oh! ¡Qué idea!
¡Ahora, Julia, vas á ver
cómo los humos apagas!
Necesito que tú le hagas
el amor á mi mujer.
ENRIQ. ¡Pero, hombre, estás condenado!
¿He de ir yo?... Deja esas tretas...
JUAN. Si es en broma.
ENRIQ. No me metas
en semejante fregado.
JUAN. Pero ..
ENRIQ. ¿Quieres que la gente

se burle?

JUAN. ¿Qué he de querer

ENRIQ. ¡Vamos, déjate de hacer
el curioso impertinente!...

JUAN. Entre nosotros, se evita
que nadie sepa ..

ENRIQ. ¿Sí?

JUAN. ¡Toma!...

ENRIQ. Eso, y que llegue la broma
á oidos de Margarita,
y, aunque suprima el pellizco,
que tú mereciste bien,
me amenace á mí tambien
con que va á dejarme bizco!
No entro yo en esa batalla.

JUAN. ¡Pero, hombre!...

ENRIQ. Me compromete.

JUAN. Si tu mujer no se mete...

ENRIQ. Eso es verdad; pero ¡calla!

JUAN. ¿Aceptas?

ENRIQ. No.—Sin embargo,
si arregláramos la cosa
de manera que mi esposa
saliera de su letargo...
Si ella, al ver que yo suspiro
por otra, mas sin faltar...

JUAN. Chico, podemos matar
dos pájaros con un tiro.

ENRIQ. Pero á ver cómo se trata
de combinar bien el juego:
no nos vaya á salir luego
el tiro por la culata.

JUAN. Eso terrible seria
y hay que evitarlo.

ENRIQ. ¿Mas cómo?

JUAN. Vayamos con piés de plomo
y obremos con sangre fria.
¿Estás enterado?

ENRIQ. Bueno.

JUAN. Por ahora, sin deslizarte,
debes, chico, limitarte

á preparar el terreno.
¡Mucho golpe de incensario
con Julia, mucha lisonja!
¡Y verás cómo se esponja!...

ENRIQ. Eso pasa de ordinario.

JUAN. Entónces, poquito á poco
te insinúas, ¿sabes?

ENRIQ. Sí.

JUAN. Y le hablas muy mal de mí.
Le dices que soy un loco...

ENRIQ. Un.... suripanto.

JUAN. ¡Eso no!

ENRIQ. Anda.

JUAN. Un.... tirano.

ENRIQ. Bien está.

JUAN. Ella nos comparará...
triunfas tú, la pones blanda,
y cuando vea la cosa
yo á punto de caramelo,
me presento hecho un Otelo
y... ¡brum! aplasto á mi esposa.

ESCENA V.

DICHOS Y JULIA.

JULIA. (Apareciendo en el dintel de la 1.ª puerta derecha.)
Y yo, Juan, te probaré
que eres un solemne tonto. (Desaparece.)

JUAN. ¿Quién?

ENRIQ. ¿Eh?

JUAN. Me pareció al pronto
haber oido no sé qué...

ESCENA VI

ENRIQUE Y JUAN.

ENRIQ. Aprension.

JUAN. Tengo evidencia...

ENRIQ. Si no hay nadie.

JUAN. Convenido,

mas yo oí...
ENRIQ. Lo que has oido
es la voz de tu conciencia,
que te acusa con razon
de lo que vamos á hacer.
JUAN. ¿Pero qué mal puede haber
siendo buena la intencion?
Porque, digas lo que quieras,
á pesar de las sandeces
que yo suelto muchas veces,
quiero á Julia muy dé veras,
y si ella, al fin, mi desliz
olvidara cariñosa,
yo seria con mi esposa
completamente feliz.
A tí otro tanto te pasa.
ENRIQ. Si fuera como algun dia
Margarita, eso seria
tener la gloria en mi casa.
JUAN. Pues á intentarlo y á ver
si tu ingenio no se agosta...
¡pero hay moros en la costa!
ENRIQ. ¿Moros dices?...
JUAN. Mi mujer.

ESCENA VII.

DICHOS Y JULIA.

JULIA. (Con el mismo trage y con sombrero.)
Señores...
JUAN. Animo, chico. (A Enrique.)
JULIA. Hecha está mi *toilette*.
ENRIQ. Y, por cierto, que revela
ese buen gusto que á usted
tanto distingue.
JUAN. Bravísimo. (A Enrique.)
JULIA. No me ha mirado usted bien.
ENRIQ. Julia, por poco y por mal

que á usted se mire, se vé
al punto esa distincion
tan difícil de obtener
y que en usté es natural.

JULIA. ¿De veras?

ENRIQ. Pues claro es.

JULIA. Muchas gracias.—(Vamos, este
ya ha empezado su papel.)

ENRIQ. Hoy está usted mas hermosa
que nunca, y un no sé qué
le encuentro...

JUAN. ¡Perfectamente!! (A Enrique.)
(¡El tal Enrique es un pez!)

JULIA. ¿Con que me encuentra usted hoy?...

ENRIQ. ¡Mas hermosa, vaya! ¿A quién
se le oculta?

JULIA. ¡Ay! Casi, casi
me lo vá usté á hacer creer.

JUAN. ¿Eh? ¡Ya empieza á enternecerse! (A Enrique.)

ENRIQ. Si es la verdad: yo no sé
en qué consiste el encanto.

JULIA. ¿No? Mi marido tal vez
podria...

JUAN. ¿Yo?...

ENRIQ. Juan no es voto;
mas dí, ¿como yo, no ves
que la cara de hoy de Julia
es mejor que la de ayer?

JUAN. No, yo veo que es la misma.

ENRIQ. ¡Hombre, qué poco cortés!...

JULIA. Le ha dejado á usted lucido.

ENRIQ. ¿Pero acaso ha visto usted
algun marido que sea
galante con su mujer?

JUAN. (¡Qué ingenio tiene!)

JULIA. No abundan;
pero hay ejemplares.

ENRIQ. Pché...
En fin, que los haya ó no,
afirmo otra vez y cien
que está usted encantadora,

á pesar del parecer
de su esposo, que respeto...

JULIA. Por Dios .. (Fingiendo rubor.)

ENRIQ. Y á pesar tambien
de todos los pareceres
habidos y por haber.
Quizá consista en el traje...

JULIA. ¿En el traje, Enrique?

ENRIQ. Pues.

JULIA. ¿En el traje?

JUAN. Mira que ese
es su flaco... ¡firme en él! (A Enrique.)

ENRIQ. Pues sí, Julia, sí; en el traje
que se acaba de poner.

JULIA. Si es el mismo que llevaba!

ENRIQ. (¡Uf! ¡Qué pifia!)

JUAN. ¡Verdad es!
¿Pero no ibas á cambiarlo
para salir?

JULIA. Sí, esa fué
mi intencion primera; pero
he desistido despues.

ENRIQ. (¡Cómo enmendar mi torpeza!...)

JULIA. Al espejo interrogué
cuando entré en mi cuarto, y como
me dijo el espejo fiel
que no estaba mal así...

ENRIQ. ¿Cómo mal?

JULIA. Me limité
á ponerme este sombrero,
y si vieras tú esta vez (A Juan.)
de no tener que vestirme
¡cuánto, cuánto me alegré!

JUAN. Y ¿por qué razon?

JULIA. Por... nada:
por... por el temor de hacer
esperar.

JUAN. Es muy estraño...

JULIA. (Ya te diré yo por qué.
(En son de amenaza mirando á Juan.)
Ahora sigamos la farsa.)

ENRIQ. Yo siento mucho que usted,
solo por ese temor
que nunca debió tener,
se haya privado...

JULIA. Al contrario:
si ya he dicho...

ENRIQ. Verdad es
que con ese lindo adorno
ha completado...

JULIA. Tal vez
motive él su admiracion.

ENRIQ. En efecto, puede ser:
porque, á pesar que la gracia
y el buen gusto en él se ven,
dudo mucho si él la adorna,
ó es usted adorno de él.

JUAN. (¡Aprieta!)

JULIA. Usted me confunde,
y, francamente, no sé...

JUAN. (Con semejantes disparos,
no digo yo á mi mujer,
es capaz el tal Enrique
de ablandar á una pared.)

JULIA. Mas ¡qué cabeza la mia!
(Buscando un objeto en sus bolsillos.)
¿Dónde habré dejado?...

JUAN. ¿El qué?

ENRIQ. ¿Se le ha perdido á usted algo?

JULIA. El pañuelo; mas perder
no se puede: lo tenia
hace un instante.

ENRIQ. Diré
que lo busquen.

JULIA. No, señor.

ENRIQ. ¿Llamo?

JULIA. ¡Ca! No es menester.

JUAN. ¿Mas no recuerdas?...

JULIA. ¡Si tengo
la memoria mas infiel!
¡Pero ya caigo! En la mesa
del comedor lo dejé.

ENRIQ. Pues que lo traigan.
JULIA. No. — Juan,
(Deteniendo á Enrique y acariciando á Juan con mucha coqueteria.)
¿me lo quieres tú traer?
JUAN. ¡Yo! (¿Si intentará alejarme?) (Receloso.)
ENRIQ. (¿Si alejarle querrá?) (Envanecido.)
JULIA. Ve. (A Juan.)
JUAN. ¿Con que encima?... (¡Qué capricho!)
JULIA. ¿Te niegas á complacer
á tu Julia?
JUAN. No.
ENRIQ. (¡Esto marcha!)
JUAN. ¿Yo?... No. (¿Por qué temblaré?)
(Vase fondo izquierda.)
ENRIQ. (¡Adelante!)
JULIA. (Ahora comienza
mi marido á padecer.)

ESCENA VIII.

JULIA Y ENRIQUE.

ENRIQ. Amiga, Juan es muy bueno.
JULIA. Lo parece.
ENRIQ. ¿Y no lo es?
JULIA. No es oro, Enrique, no es oro
todo lo que brilla en él.
ENRIQ. (¡Pero estaré yo soñando!
Ella misma me da pié...)
JULIA. Juan es... como el agua mansa.
ENRIQ. ¿Qué es lo que me cuenta usted?

ESCENA IX.

DICHOS Y JUAN.

JUAN. Julia, el pañuelo no está.
JULIA. No lo habrás buscado bien.

JUAN. No digas, porque he mirado
hasta bajo del mantel,
y nada.—¿Qué ha sucedido? (A Enrique.)

JULIA. Entonces puede que esté
encima del velador
de mi cuarto, corre á ver...

JUAN. ¿Qué ha sucedido? (A Enrique.)

ENRIQ. Hombre, nada. (A Juan.)

JULIA. ¿No vas, Juan?

JUAN. (Por vida!...) Iré.
(Vase receloso primera puerta derecha.)

ESCENA X.

DICHOS, menos JUAN.

ENRIQ. Podia buscarlo un criado...

JULIA. A Juan le conviene hacer
algun ejercicio.

ENRIQ. ¿Sí?
¿Ejercicio? ¡Ah! ¡vamos! ¿Es
miliciano nacional?

JULIA. ¡El miliciano!

ENRIQ. Pensé...
Mas ¡qué torpe! ¡Ya lo entiendo!

JULIA. ¿Y qué es lo que entiende usted?

ENRIQ. ¿Lo que entiendo?

JULIA. Sí, señor.

ENRIQ. (Se me hace un nudo en la nuez.)

JULIA. A usted le pasa algo, Enrique.
Le encuentro turbado...

ENRIQ. ¡Eh!

JULIA. Vamos, ánimo, y, al ménos,
déjese usted entender.

ENRIQ. (¡Demonio! ¿Se está burlando?...)
Pues entiendo... sí, ya sé...
(Entiendo que estoy haciendo
un ridículo papel.)

ESCENA XI.

DICHOS Y JUAN.

JUAN. El pañuelo no parece.
JULIA. ¡Y cómo ha de parecer
si no lo buscas!
JUAN. ¡Qué tema!
ENRIQ. Busca, Juan.
JULIA. Búscalo bien.
JUAN. ¿Y por dónde?
JULIA. Por la casa.
¿No ves tú que yo no sé?...
JUAN. Pues, hija, con esas señas
pronto voy á dar con él.
¿Hay alguna novedad? (A Enrique.)
ENRIQ. ¿Qué novedad ha de haber?
¿Nos dejas hablar siquiera?
JULIA. ¿Pareció? (A Juan que andará buscando.)
JUAN. ¡Por San Andrés!
ENRIQ. Ya lo habria yo encontrado.
JUAN. ¿A que no?
ENRIQ. ¿Lo quieres ver?
Tengo un remedio...
JUAN. ¿Infalible?
ENRIQ. ¿Apuestas un duro?
JUAN. Seis.
ENRIQ. San Antonio de Padua
(Rezando la oracion mientras busca con Juan.)
que en Padua naciste,
en Galicia estudiaste,
de tú padre supiste.
A verlo fuiste
que en prisiones se hallaba.
JUAN. ¿Y con esa letanía
piensas lograr?...
ENRIQ. Ya se vé.
JULIA. ¡Tiene chiste!
ENRIQ. Habrá pañuelo

como dos y una son tres.
En el camino (Continúa rezando y buscando.)
el breviario se te perdió:
el Señor se lo encontró.
Tres voces te dió:
¡Antonio, Antonio, Antonio!
A la tercera le respondiste,
tres cosas le pediste,
todas tres te las concedió:
que lo perdido fuera hallado,
que lo olvidado acordado,
que lo alejado acercado.
San Antonio Bienaventurado.»
—Eh ¿qué tal? ¿No dije yo?
¿Es este el pañuelo?
(Presentando á Julia uno que habrá encontrado debajo del abrigo que aquella dejó al salir sobre una silla.)

JULIA. Este es.

ENRIQ. San Antonio lo ha traido
para que en él tengas fé. (A Juan.)
—Ahora, vete.

JUAN. (¡Pues me gusta!)

JULIA. Juan, abre mi neceser
y haz favor de perfumarlo.
(Dando el pañuelo que habrá tomado de Enrique.)

JUAN. ¿Con pacholí?

JULIA. No, con miel.
(Vase Juan primera puerta derecha.)

ESCENA XII.

JULIA, ENRIQUE, CONSUELO Y MARGARITA.

JULIA. A ver si ahora Juan nos deja,
aunque solo sean tres
minutos, y hablar podemos
los dos en paz, y sin que él...

CONS. (Con traje de paseo á Margarita, con la que se detiene en la segunda puerta izquierda.)
¿Lo has oido, Margarita?

MARG. Sí, Consuelo.
CONS. Pues ya ves.
Míralos que amartelados.
JULIA. (A Enrique con quien habla al parecer muy complacida.)
¡Ay! ¡Qué cosas tiene usted!
CONS. ¿Y á quién la culpa echaremos
de lo que sucede? ¿A quién?
MARG. Pero, atiende, todavía
no podemos suponer,
con fundamento, que sean
Julia falsa, Enrique infiel.
CONS. Tú eres una pasta-flora
amasada... allá, en Belen.
¡Mas calla! El marido sale:
ocúltate, que tal vez...

ESCENA XIII.

DICHOS Y JUAN.

JUAN. Por mas que busco y rebusco,
no encuentro tu neceser.
JULIA. Pero cómo has de encontrarlo
si ahora recuerdo yo que...
Toma esta llave. (Dándole una.)
JUAN. La tomo.
JULIA. Es la del mundo.
ENRIQ. ¿Sí? A ver
cómo es la llave del mundo.
JULIA. De... nuestro mundo. (Rectificando.)
ENRIQ. ¡Ah! ¡ya!
JUAN. Bien.
(A Julia como indicando que continúe.)
JULIA. Lo abres.
JUAN. Suponlo ya abierto.
JULIA. Sin buscar ni revolver,
verás mi bolsa de viaje.
JUAN. Suponla vista.
JULIA. Despues
oprimes el muelle.
JUAN. Está.

JULIA. Buscas el sitio...
JUAN. Busqué.
JULIA. Donde guardo, como sabes,
los enredos de coser,
y mi llavero hallarás.
JUAN. Hallé el llavero.
JULIA. Con él,
vas al armario de espejo.
JUAN. Me veo.
JULIA. Lo abres tambien.
JUAN. ¿Con qué llave?
JULIA. Con la suya.
JUAN. ¿Pero la suya cual és?
JULIA. Una de las del llavero.
JUAN. ¡Si el llavero tiene cien!
JULIA. Pues las vas probando todas
hasta que con ella des.
ENRIQ. Y así te entretienes, Juan.
JUAN. ¡Corriente! ¡Me entretendré!
JULIA. Y abierto que esté el armario...
JUAN. Que será dentro de un mes...
JULIA. En una tabla, á la izquierda,
hallarás mi neceser.
JUAN. Pues hasta la vuelta, amigos,
que ustedes lo pasen bien.
(Vase por la primera puerta derecha.)

ESCENA XIV.

DICHOS, menos JUAN.

JULIA. Ya tiene entretenimiento...
ENRIQ. Al fin podremos hablar...
CONS. ¿Quieres mas? Para dudar, (A Margarita.)
¿no hallas aun fundamento?
ENRIQ. Sí, Julia, soy desgraciado. (A Julia.)
JULIA. Le juzgué de otra manera. (A Enrique.)
ENRIQ. ¡Si yo una mujer tuviera
como usted!...
CONS. ¿Has escuchado? (A Margarita.)

JULIA. ¿Pero la suya?...
ENRIQ. ¡Me irrita!
El primer año de esposo
no pude ser mas dichoso
al lado de Margarita.
Sabe usted que hay hombres que
no calientan el hogar;
que no pueden renunciar
ni al teatro, ni al café;
que miran como un castigo
lazo que formó el amor,
y, en fin, que dan mas valor,
que á la mujer, al amigo.
JULIA. En efecto: de ordinario,
piensan los hombres así.
ENRIQ. Pues mire usted, Julia, á mí
me sucede lo contrario;
y de ello tengo testigos:
el dia que me casé
muy contento renuncié
á teatros, cafés y amigos.
¡Ay! ¡Julia! Muy mal lo pasa
quien ese recurso ansia:
mas yo ¿cómo, si tenia
toda la dicha en mi casa?
JULIA. ¿Tenia?
ENRIQ. Sí, la he tenido.
Y es inútil que la busque.
JULIA. Quizá, Enrique, usted se ofusque.
ENRIQ. ¡Para siempre la he perdido,
pese á mi fatal estrella!
JULIA. Una observacion le haré.
¿Y si lo que siente usté
es que se ha cansado de ella?
ENRIQ. No achaque usté á veleidad
lo que deploro y sucede.
Pues qué, Julia, ¿acaso puede
cansar la felicidad?
La causa que mis constantes
goces pasados me quita,
pregunte usté á Margarita.

¡Ah! ¡Si ella fuera como ántes!
JULIA. ¡Ya comprendo! ¿Dió en la gracia
de abandonarse?...
ENRIQ. Eso fué.
JULIA. ¡Pobre Enrique!
ENRIQ. Y ahora usté
hace mayor mi desgracia,
porque me arrastra...
MARG. (¡Ay de mi!)
ENRIQ. Hácia usted...
JULIA. ¡Será posible!
ENRIQ. Una fuerza irresistible
desde el punto que la vi.
JULIA. Pero, Enrique... mi marido...
MARG. ¡No puedo mas! (Echándose en brazos de Consuelo.)
ENRIQ. De usté en pos ..
MARG. ¡Consuelo! (A Consuelo.)
CONS. ¡Gracias á Dios (A Margarita.)
que tu error has comprendido!
Pero vamos, mas no llores
ni te aflijas de ese modo,
que aun no está perdido todo.
¡Serenidad!—¡Oh! señores...
(Presentándose con Margarita.)
ENRIQ. ¿Quién? Consuelo y mi mujer.
JULIA. (¡Si nos habrán escuchado!)
ENRIQ. ¿Con que ya se ha despachado?...
CONS. Tal vez tarde.
ENRIQ ¡Qué ha de ser!
CONS. ¡Ay! Pues yo...
MARG. (¡La frente me arde!)
CONS. De veras siento en extremo...
JULIA. Pero ¿por qué?
CONS. Porque temo
haber llegado algo tarde.
ENRIQ. ¡Ca!
CONS. Si usted lo dice...
ENRIQ. ¡Toma!
CONS. Como estaban esperando...
ENRIQ. Hemos estado charlando...
(¡No sé si formal ó en broma!)

JULIA. Pero ¿qué hará Juan? Despues...
ENRIQ. ¿Juan? Andará, ya se sabe,
dando vueltas á la llave
número noventa y tres.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, JUAN.

JUAN. Te equivocas.
ENRIQ. No lo siento.
JULIA. ¿Abriste el armario?
JUAN. Sí,
en seguida.... que metí
la llave número ciento.
(Dando á Julia el pañuelo que llevará en la mano.)
CONS. Con mas tonterías no andes (A Margarita.)
que no hay tiempo que perder.
ENRIQ. ¿Qué le pasa á mi mujer?
MARG. Haré lo que tú me mandes .. (A Consuelo.)
CONS. Pasa que viene á paseo.
ENRIQ. ¿A paseo?—¡Dios loado!
JUAN. Dime, ¿y Julia se ha ablandado? (A Enrique.)
ENRIQ. Todavía... (A Juan.)
JUAN. (¡No lo creo!) (Escamado.)
CONS. Es asunto decidido.
ENRIQ. ¿Vas, Margarita, á venir?...
MARG. Sí.
JULIA. ¿Viene usted?
MARG. Es decir,
si lo aprueba mi marido.
ENRIQ. ¿Vas á vestirte?...
MARG. En un brinco.
ENRIQ. Haces mal.
MARG. Ese reproche...
ENRIQ. ¿Cómo quieres que en el coche
nos acomodemos cinco?
CONS. ¡Una idea!
ENRIQ. Ya me callo.

CONS. La dificultad salvè.
Cuatro en el coche, y usté
puede salir á caballo. (Por Enrique.)
MARG. ¡Ah! ¡Gracias! (A Consuelo.)
CONS. No seas tonta... (A Margarita.)
ENRIQ. ¿Con que á caballo? (Contrariado.)
JUAN. Sí, chico.
¡Y te luces!
JULIA. (No me esplico...)
JUAN. ¡Si viera usted qué bien monta! (A Consuelo.)
ENRIQ. Tambien tú....
JUAN. Por Belcebú,
yo no entiendo...
JULIA. Eso es mentira.
JUAN. Corriente, monto.
ENRIQ. Pues, mira,
quiero que te luzcas tú.
CONS. ¡Cómo!
ENRIQ. A caballo irá Juan.
JUAN. ¡Yo!
JULIA. Tiene Enrique razon.
MARG. (Ya comprendo la intencion.)
ENRIQ. Que ensillen el alazan.
(A un criado que acude al sonido del timbre.)
JUAN. (Pues el alazan me estrella.)
CONS. Si te has de vestir, conviene... (A Margarita.)
JULIA. ¿Con que usté en el coche viene? (A Enrique.)
MARG. ¡Por no separarse de ella! (A Consuelo.)
CONS. ¡Eh!... ¡A vestirte! Anda lista.
ENRIQ. (¡Venir ella á pasear!)
MARG. Mas... (Mostrando recelos respecto de Enrique.)
CONS. Puedes tranquila estar: (A Margarita.)
no le perderé de vista.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

CONSUELO, MARGARITA, JULIA Y ENRIQUE.

Al levantarse el telon, aparecen Consuelo y Margarita por el fondo, despues Julia y Enrique seguidos de criados con el servicio de café. La escena estará iluminada por una lámpara que habrá encima del velador.

MARG. Consuelo, tienes razon:
(Con el traje que se supone llevó á paseo.)
con mi descuido fatal,
destruyendo poco á poco
iba mi felicidad.

CONS. Celebro que, al fin, conozcas
que te portabas muy mal
y que decidida estés
á enmendarte.

MARG. Ya verás.

ENRIQ. ¿No se alivia la cabeza? (A Julia, con quién seguirà hablando.)

JULIA. No, señor.

ENRIQ. ¡Dolor tenaz!

JULIA. Mucho.

ENRIQ. Espero, sin embargo,
que el café le probará.

JULIA. ¡Ay! Pues yo no.

ENRIQ. ¿Cómo es eso?

JULIA. Tenemos mucho que hablar, (Con misterio.)
y como ocasion propicia
pudiera faltarnos...
ENRIQ. ¡Ya!
JULIA. Se lo diré por escrito.
ENRIQ. ¿Por escrito?
MARG. ¿Qué hablarán? (A Consuelo.)
ENRIQ. Vaya, sentarse: usté aqui:
(A Julia indicándole su derecha junto al velador.)
y, si usted me quiere honrar,
le reservo este otro lado.
(A Consuelo indicándole la izquierda.)
CONS. Muchísimas gracias. (Sentándose.)
ENRIQ. ¡Bah!
MARG. ¿Y cuál es mi sitio, Enrique?
ENRIQ. Tú ya te acomodarás
donde quieras.
MARG. ¿Dónde quiera?
ENRIQ. Mira, ó donde puedas.
MARG. ¡Ah!
CONS. Puedes sentarte á mi lado,
¿te parece?
MARG. ¡Vaya!
(Sentándose á la izquierda de Consuelo.)
ENRIQ. ¿Y Juan?
JULIA. Venia...
ENRIQ. Yo creo que
se ha debido lastimar.
MARG. Yo tambien y que lo calla
y sufre por vanidad.
CONS. ¡Pues el porrazo fué bueno!
ENRIQ. ¿Quién habia de pensar?...
CONS. ¡Pero si él nunca ha montado!
JULIA. Eso nos ha dicho; mas
otras veces ha hecho alarde...
ENRIQ. ¡Muy bien empleado le está
el batacazo... por tonto!
Pues ¡digo! y el alazan
que hacia ya quince dias...
¿quince dias? sí, cabal,
que no le sacaba nadie
de la cuadra!

ESCENA II.

DICHOS Y JUAN.

JUAN. (¡Hola! ¡Ya están
acomodaditos! ¡Bien!)
¡Que aproveche!
ENRIQ. Ven acá.
JUAN. (¡Y juntos los dos!...) ¡Por vida!
MARG. ¿Qué siente usted?
JULIA. ¿Cómo estás?
JUAN. ¡Yo siento y estoy... no sé...
tengo una intranquilidad!...
(¡Pero si la culpa es mia!
¡Si soy lo mas animal!)
ENRIQ. ¿Vamos, dinos, con franqueza,
qué te duele?
CONS. Sí, don Juan;
es mejor que usted nos diga...
ENRIQ. ¿Es el brazo?...
JUAN. ¡Sí, sí tal;
el brazo... aquí! (Para que
acabe yo de rabiar.)
ENRIQ. Pues señor, se va volviendo
esta casa un hospital:
te duele á tí el brazo. (A Juan.)
JUAN. Si.
ENRIQ. La cabeza á Julia.
JUAN. ¡Ya!
ENRIQ. ¡Qué diantre! ¡Venga el café,
que es un remedio eficaz...
JUAN. ¿Para qué?
ENRIQ. Juan, para todo:
y, si no, tú lo verás.
CONS. ¿Es decir, que el café tiene
para usted la propiedad?...
ENRIQ. Que tienen, para otros muchos,
las píldoras de Holloway.
¿Quiere usted mas leche, Julia? (Sirviendo á esta.)
JULIA. No señor, no quiero mas.
JUAN. (¡Es claro! ¡Ella la primera!

No puedo con frialdad
ver estas cosas ni en broma.)

ENRIQ. Aunque ya lo endulzarán
los labios de usted bastante,
me tomo la libertad,
por si acaso, de ofrecerle
un poco de azúcar.

JUAN. ¡Ay!

ENRIQ. ¿Qué te pasa?

JUAN. Nada, el brazo...
—¿Ve usted que galante está
Enrique? (A Margarita.)

MARG. Sí, ya lo veo.

JUAN. (Conviene hacerle observar...)

CONS. (Eso es que don Juan recela...) (A Margarita.)

ENRIQ. ¿Piensas, sin duda, que va
por eso á mortificarse
Margarita?

MARG. ¿Yo? No tal.

ENRIQ. Tal vez tú te mortifiques...

JULIA. De seguro: mucho mas.

CONS. Nunca quitó lo cortés
á lo marido.

ENRIQ. Cabal.
Y por cierto que ahora encuentro
en mi querida mitad
cierto no sé qué...

MARG. ¿Agradable?

ENRIQ. Pues claro.

CONS. ¡Buena señal! (A Margarita.)

ENRIQ. Si ella se arreglara un poco...
el busto es muy regular.

MARG. No digas. .

CONS. Vamos, Enrique,
tengamos formalidad,
y si servirme á bien tiene...

ENRIQ. ¿Quiere usted leche?

CONS. Jamás.
El café solo.

ENRIQ. Y solo es (Sirviendo á Consuelo.)
como se debe tomar...

CONS. Y cuando es, como este, tan bueno...
MARG. ¿Bueno?... Tuya es la bondad
al calificar así
lo que solo es regular.
CONS. No, yo lo encuentro escelente,
y estos amigos dirán...
JULIA. Es delicioso, señora.
JUAN. De superior calidad:
el de esta mañana, al ménos.
Este...
ENRIQ. Es lo mismo.
JUAN. A juzgar
por el aroma que exhala,
ya se conoce.
ENRIQ. Verás. (Sirviéndole.)
¿Cómo lo quieres?
JUAN. Ya sabes:
Ponme mitad y mitad;
pero ántes á Margarita.
ENRIQ. Deja...
MARG. No faltaba mas.
JUAN. Las señoras lo primero.
ENRIQ. Si me querrás enseñar...
MARG. Amigo, yo soy de casa
y juzgo muy natural
que Enrique cumpla primero
con los que vienen á honrar,
como ustedes...
JUAN. No replico.
MARG. Conmigo cumplido está.
ENRIQ. (Me parece que lo dice
con un retintin...) (Por Margarita.)
CONS. Don Juan,
yo lo está usted viendo: nos
tenemos que resignar
y admitir el privilegio
que estos amigos nos dan.
ENRIQ. Conste que no es una fórmula.
MARG. ¡Qué disparate! No tal,
Esa distincion la hacemos
por deber y voluntad.

ENRIQ. (Mi mujer, desde esta tarde,
habla mas que un sacristan.)
JULIA. En su valor la apreciamos.
CONS. Pues ya se vé.
JUAN. Digo igual.
ENRIQ. Si eso no vale la pena... (Sirviendo á Margarita.)
MARG. ¡Qué ha de valer! Ya verán
cuando nosotros vayamos,
como juzgo natural,
á pagarles la visita,
cómo entonces soy yo la...
JULIA. Con el ejemplo de ustedes...
ENRIQ. ¿Pero piensas tú pagar?...
MARG. Lo considero muy justo.
ENRIQ. Yo tambien, á la verdad;
pero como eres tan poco
amiga de visitar... (Sirviéndose el café.)
CONS. Muda el sábio de opinion,
segun afirma el refran.
¿No digo bien, Margarita?
ENRIQ. ¿Pero esta qué ha de mudar?
MARG. Aunque no soy sábia, puede...
JULIA. ¿Pero á Toledo vendrán?...
MARG. Si Enrique quiere...
ENRIQ. Por mí...
(¡Cosa mas particular!...)
JULIA. Pues que no se quede en dicho.
ENRIQ. No, Julia, no quedará.
JUAN. (¡Esto parece una cita!)
JULIA. Hagan una cosa.
ENRIQ. ¿Cuál?
Vamos á ver, diga usted.
JULIA. Se acerca la Navidad:
ánimo, y vénganse ustedes
á comer el mazapan.
ENRIQ. ¡Buena idea!
JUAN. ¡Qué ha de ser!
ENRIQ. ¿Con que no lo apruebas?
JUAN. ¡Cá!
CONS. (Por lo visto está escamado.) (A Margarita.)
ENRIQ. ¿Pero lo dices formal?

JUAN. No quieran ustedes ir.
JULIA. Es mucha gana de hablar
la tuya.
JUAN. Mas considera
que lo han de pasar muy mal
en Toledo.
JULIA. Es claro que
no se puede comparar
á Toledo con Madrid.
Nadie pone en duda, Juan,
que tiene mas atractivos
la villa que la ciudad.
ENRIQ. ¡Atractivos!
JULIA. Muy solemnes.
ENRIQ. Sí, señora, lo serán;
¡pero si usted viera, Julia,
con cuanta solemnidad
me fastidio yo en la corte!
JULIA. Mas no se fastidiará
porque falten los encantos.
CONS. A mi modo de pensar,
no es, Julia, la falta de ellos
causa de su enfermedad.
ENRIQ. Es que, para mí, no existen.
CONS. Por no saberlos buscar.
MARG. Verás cómo los encuentra.
ENRIQ. Si tú te empeñas... quizás...
CONS. A Enrique le está pasando
lo que pasándole está
á aquel, que tiene en su caja
encerrado un capital,
y hace la vida del pobre
tan solo por no gastar.
ENRIQ. No comprendo yo ese símil...
CONS. ¿Lo comprendes tú? (A Margarita.)
MARG. Sí tal.
ENRIQ. ¡Ah! ¿Con que tú lo comprendes?
Pues ya me lo esplicarás.
Hasta tanto, les repito
que me aburro de verdad:
y gracias, gracias que ustedes

han venido á amenizar
la horrible monotonía
que consumiéndome va.

JULIA. Pues nada, lo dicho, amigo:
cuando llegue Navidad,
á Toledo.

CONS. Y aunque allí
sobra de recursos no hay,
el cariño y el deseo
de estos amigos sabrán
encontrarlos.

JULIA. ¡Quién lo duda!
Recursos no han de faltar
para que usted se divierta. (A Enrique.)

ENRIQ. ¿De veras?

JULIA. Pues claro está.

JUAN. Mira, Enrique, que en Toledo
hace un frio, que es capaz...

ENRIQ. Abrigándose uno bien...

JUAN. Lo mejor será aplazar
esa escursion para cuando
sus frutos dé el cigarral.
Dejarla para el estío.
Es lo mejor. (De aquí á allá...)

ENRIQ. Bueno, ya lo pensaremos...
—¿Y hoy por hoy?... ¿Hay algun plan
para esta noche?

CONS. Por mí,
desearia descansar.

ENRIQ. Tiene usted mucha razon.
Se acuesta usté, es natural.
—¿Y usted, Julia?

JULIA. Esta cabeza
no me quiere hacer bondad.

JUAN. Pues, por Dios y por los santos
de la corte celestial,
que no tengas la cabeza
mala, que esa enfermedad...

JULIA. Por eso pienso acostarme
temprano.

ENRIQ. Bien. —¿Y tú, Juan?

JUAN. Hombre, ¡este brazo me duele
de una manera!...

ENRIQ. ¡Ajájá!
Pues señor, para esta noche,
¡ta ta tí!... ¡Orden general!
(Semejando toque de atencion.)
Las siete y media. A las ocho,
(Despues de mirar el reloj.)
cada quisque tomará
su oportuna palmatoria,
y despues de permutar
un... buenas noches, á coro,
media vuelta se dará
y... paso lijero, ¡marchen!
á tomar la horizontal.

CONS. Enrique, por mí...

JULIA. Y por mí...

JUAN. Pues por mí...

ENRIQ. ¿Quieren callar?
¡Para eso han venido ustedes!

JULIA. ¡Yo estoy mala de verdad!

CONS. Las molestias del camino...

JUAN. Este brazo me...

ENRIQ. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!
¡Pues me voy á divertir!

JUAN. (¡Pero este piensa quizá
que hemos venido aquí para
divertirle nada mas!)

JULIA. ¡Ay! mi cabeza... (Dispuesta á desmayarse.)

JUAN. ¿Qué tienes? (Socorriéndola.)

JULIA. Parece que se me vá... (Inclinándose hácia Enrique.)

JUAN. ¡Ay! ¡Pues que no se te vaya! (Sujetándola.)
Y, si al fin ha de ser, haz
que se te vaya hácia aquí. (Indicando su lado.)

MARG. Julia, ¿quiere usted tomar
alguna cosa?

JULIA. Mil gracias.

CONS. ¿Mas qué siente usted?

JULIA. Será
el humo de los cigarros...
(Por los que estarán fumando Enrique y Juan.)

Ya ha pasado.

ENRIQ. (¡Ni fumar!) (Tirando el cigarro.)

JUAN. ¿Quieres recostarte un poco?

JULIA. Bueno, bien, vamos á allá.

JUAN. Apóyate. (Ofreciéndole el brazo.)

MARG. Llame usted,
si hay alguna novedad.

JULIA. Así lo haré.—Buenas noches.

MARG.
CONS.
ENRIQ. } Buenas noches, descansar.

ENRIQ. (El desfile ya ha empezado.)

JULIA. (¡Adelante con mi plan!)

ESCENA III.

CONSUELO, MARGARITA Y ENRIQUE

ENRIQ. Lo que es la noche promete.
Estamos como queremos.
Julia, enferma, se ha acostado:
usted, cansada... (Por Consuelo.)

CONS. Yo siento...

ENRIQ. Vamos, vamos, calle usted:
¿á qué venir para eso?

CONS. Pero porque Julia y yo
tengamos el sentimiento
de retirarnos temprano,
francamente, yo no creo
que tomar deba usté, Enrique,
el asunto tan á pechos...

ENRIQ. Es, Consuelo, que una noche
de fastidio me da miedo.

CONS. Pues no se fastidie usted.
Margarita...

ENRIQ. No, no hablemos.

MARG. Yo haré todo lo posible
para ver si te entretengo.

ENRIQ. ¿Dormitando en un sillon?

MARG. Haré por vencer el sueño.
ENRIQ. Y aunque lo vencieras, ¿qué?
¿Vamos á ver, qué tenemos?
CONS. Hombre, se miran ustedes.
ENRIQ. Bien.
CONS. Y se hablan.
ENRIQ. Bueno, bueno.
¿Y qué mas?
CONS. Y... ¡qué sé yo!
Se cuentan ustedes cuentos.
ENRIQ. ¿Cuentos? Es cosa de chicos.
CONS. Sin embargo, ahora recuerdo
que los que á usted le contó
Julia, despues del almuerzo,
le éntretuvieron bastante.
ENRIQ. Verdad es, me entretuvieron;
pero es que Julia, no sé...
¡los cuenta con un gracejo!...
CONS. ¿A que sacamos en limpio
que á Enrique, mas que los cuentos,
le gusta la que los cuenta?
ENRIQ. (¡Sospechará?...) Eso es muy serio...
CONS. ¡Y tan serio! Pero vamos,
¿cuánto va á que hay algo de eso?
¿Y qué quiere usted? Yo, de esta,
no digo, no, tener celos,
pero le aseguro á usted...
ENRIQ. ¿Qué es lo que haria, Consuelo?
CONS. ¿Ha visto usted los Madgyares?
ENRIQ. Sí, señora, y los recuerdo.
CONS. ¿Recordará usted que hay uno
que persigue á un lego?...
ENRIQ. Cierto.
CONS. Pues, Enrique, mire usted,
si yo me hallara en el puesto
de Margarita, no hay mas.
desde este mismo momento,
sería, por precaucion,
yo el madgyar y usted... el lego.
ENRIQ. ¡Caracoles!
MARG. Nada temas

por mí, Enrique.

ENRIQ. No, no temo.

MARG. Yo estoy muy tranquila.

ENRIQ. Gracias.
(No sé á qué viene el empeño
que uno tiene de traer
á su casa forasteros.)

MARG. De vencer estoy segura. (A Consuelo.)

CONS. No sabes cuánto me alegro.

ENRIQ. (Cuando uno los necesita,
se ponen todos enfermos,
mas sanan para servir
de testigos indiscretos.)

ESCENA IV.

DICHOS Y JUAN.

JUAN. (Pues señor, á mi mujer
le pasa algo sin remedio.) (Primera puerta derecha.

MARG. ¿Cómo está Julia?

JUAN. Señora...
yo no sé lo que le encuentro.

CONS. ¿Qué tiene?

ENRIQ. ¿Qué le has notado?

JUAN. Nada; pero yo presiento
que le pasa alguna cosa
muy grave, que no comprendo...
¡Ella está muy preocupada
y me mira con un gesto!...

ENRIQ. Eso no debe alarmarte.

JUAN. ¡Pues me alarma!

CONS. ¡Muy bien hecho!
¿Y diga usted, se ha acostado?

JUAN. No, se ha quedado leyendo
no sé qué novela...

CONS. Entónces,
voy á verla.

JUAN. No, Consuelo;
no vaya usted.

MARG. Es preciso...
JUAN. No vayan, yo se lo ruego.
Ahora acaba de decirme
que quiere estar sola.
CONS. Pero
lo habrá dicho por usted.
JUAN. ¿Por mí?
CONS. Claro.
JUAN. No lo entiendo.
CONS. ¡Los maridos son á veces
muy cortos de entendimiento!
O lo fingen.
JUAN. Aseguro!...
CONS. Sí, ya sé que usted no es de esos...
(que lo finjen.)
ENRIQ. Nada, Julia
te despidió.
CONS. Le habrá usté hecho
alguna picardihuela...
JUAN. Mejor será que callemos.
CONS. Tú quédate, Margarita,
que yo entraré.
ENRIQ. Si yo puedo
ser útil, llaman.
CONS. Tendré
presente su ofrecimiento.

ESCENA V.

MARGARITA, ENRIQUE, JUAN.

ENRIQ. ¿Conque tú tampoco sales
esta noche?
JUAN. No, he resuelto
pasarla agradablemente
en mi cuarto.
ENRIQ. ¿Sí? ¿Leyendo?...
JUAN. Poniéndome paños de árnica
en el brazo.
MARG. ¿Por qué el médico

no viene, y á usted le dice
lo que ha de hacer?

JUAN. No, no creo...

ENRIQ. Pues mira, Juan, á tu gusto.

JUAN. ¿A mi gusto?

ENRIQ. Sí.

JUAN. ¡Estás fresco!

ENRIQ. ¿Qué quieres darme á entender?

JUAN. Enrique, decirte quiero
que tú y Julia me engañais;
que mientras ha sido un juego
la cosa, tu me tenias
al corriente; mas sospecho
que ahora de mí te recatas...

ENRIQ. Juan, no seas majadero.
Nada pasa.

JUAN. (No me fio.)

MARG. (¿Qué se dirán?)

ENRIQ. (¡Estoy viendo
que me van á armar la gorda
sin comerlo ni beberlo!)

JUAN. (Desde mi cuarto se vé
á Julia, y yo no la pierdo
de vista.)—Con su permiso... (A Margarita.)

MARG. Don Juan... (Saludando.)

ENRIQ. Que te alivies.

JUAN. Bueno.

(Vase segunda puerta derecha.)

ESCENA VI.

ENRIQUE, MARGARITA.

ENRIQ. ¿Y metido en estas cuatro
paredes, qué me hago yo?
¡Dormitar!... ¡Vaya, eso no!
Me iré, por recurso, al teatro.

MARG. ¿Dices que vas á salir?

ENRIQ. Y sin gana.

MARG. ¡Qué humorada!

ENRIQ. ¡Es que tú, dentro de nada,
te empezarás á dormir,
y no me encanta la idea
de verte hecha un estafermo!
MARG. Esta noche no me duermo.
ENRIQ. Para el tonto que te crea.
Cuantas veces me has jurado
hacer lo mismo que ahora,
y antes de un cuarto de hora
te has dormido y... ¡has roncado! (En confianza.)
quedándome yo hecho un bobo.
MARG. Te aseguro...
ENRIQ. Yo lo siento...
MARG. Aquí tenemos el cuento
aquel del pastor y el lobo.
ENRIQ. No te digo...
MARG. Prueba, á ver...
ENRIQ. No quiero ponerme á pique...
No me seduces.
MARG. ¡Enrique!...
ENRIQ. ¡He dicho que no, mujer!
MARG. ¡Con cuanta crueldad mis yerros
castigas! ¿Y á donde vas?...
ENRIQ. Voy á los Bufos, ¿estás?
echaré la noche á perros;
y á falta de otra tertulia...
MARG. ¿Tú lo quieres?
ENRIQ. Si señora.
¿Y por qué no entras ahora
á ver cómo sigue Julia?
MARG. ¿Te incomodo?
ENRIQ. No se diga...
MARG. ¿O te soy indiferente?
ENRIQ. Es que no creo prudente
que dejes sola á tu amiga.
MARG. Está Consuelo.
ENRIQ. ¡Qué anhelo!..
Tal circunstancia no olvidò.
MARG. Sola dices...
ENRIQ. He querido
decir sola con Consuelo.

MARG. Veo, y lo siento, por Dios...
ENRIQ. ¿Qué sientes y qué estás viendo?
MARG. Que continúas creyendo
en la soledad de dos.
ENRIQ. Tú me pruebas, de ordinario,
que esa creencia no es rara.
MARG. ¿Y si yo, Enrique, tratara
de probarte lo contrario?
ENRIQ. Ni lo juzgo un desatino
ni fácil, mujer, lo creo,
y eso, vamos, que te veo
emprender un buen camino,
y te hallo mas cariñosa,
mas vestida y animada,
y, en fin, te encuentro mas...¡nada!
te encuentro hasta mas hermosa.
MARG. ¡Es posible! ¡Qué alegría!
ENRIQ. ¿Mas quién dice que despues?...
MARG. No dudes...
ENRIQ. Todo eso es
una buena garantía...
MARG. Que mi amor no te hará vana.
Ya lo verás.
ENRIQ. Lo veremos.
MARG. ¿Quieres que á verlo empecemos
desde ahora?
ENRIQ. Desde mañana.
MARG. Hoy podemos empezar.
ENRIQ. Mañana: ten entendido
que hoy Bufos me he prometido,
y no me quiero faltar.
MARG. No, tampoco yo lo quiero.
—(¿Iria con él?... No sé...
Consuelo me dijo que
la soga tras el caldero.)
ENRIQ. (¡Si será otra vez como ántes!)
MARG. Si enojarte no temiera... (Con dulce emocion.)
ENRIQ. ¿Qué quieres? Habla. (Estrechando la mano de Margarita.)
MARG. Quisiera...
CONS. (Sorprendiendo acariciándose Margarita y Enrique.)
¡Muy bien por los dos amantes!

ESCENA VII.

DICHOS Y CONSUELO.

MARG. ¡Calle! ¿Eres tú?...
ENRIQ. (¡Dios me asista!)
CONS. ¿Estorbo? (Desde la puerta con intencion.)
ENRIQ. ¡Señora!
MARG. Ven.
ENRIQ. (¡Pues señor, estamos bien
con los testigos de vista!)
MARG. ¿Y Julia?
CONS. El facultativo
no hace falta: está muy firme.
ENRIQ. Pues entónces voy á irme
con tan plausible motivo.
CONS. ¡Salir á estas horas! ¡Anda!
ENRIQ. Como dos y dos son cuatro.
CONS. ¿Pues á dónde bueno?
ENRIQ. Al teatro,
si otra cosa usted no manda.
(Vase primera puerta izquierda.)

ESCENA VIII.

CONSUELO, Y MARGARITA.

CONS. ¿Con que se va tú marido?
¡Me he quedado estupefacta!
Os ví tan amartelados
y tan derretidos, ¡vaya!
que me admira y me sorprende
muchísimo que ahora salga.
MARG. Voy á darte una noticia
que ha de alegrarte.
CONS. Pues dámela.
MARG. Le tengo muy predispuesto
á que perdone mis faltas,

y ya en mi pecho ha empezado
á renacer la esperanza
de disipar el hastío
que la existencia le amarga.

CONS. ¿Sí, Margarita? ¡Es posible!
¿Has encontrado palabras
para Enrique? ¿No decias
que ya no las encontrabas?
¿No me decias que todo
lo habias hablado?

MARG. ¡Calla!
¡Ay, Consuelo, yo no sé
qué es lo que por mí pasaba!

CONS. Pues tú verás como de ello
te hago una pintura exacta.
Te casaste con Enrique
ciegamente enamorada:
su cariño por un lado,
y la absoluta confianza,
que en su rectitud tenias,
fueron, sin disputa, causa
de tu imprudente descuido;
y no porque no le amaras:
tu habitual indiferencia
no nacia de la falta
de cariño de tu parte,
nada de eso: ¡tú le amabas!
¡Quizá, por amarle mucho,
engendraste, desdichada,
esa especie de letargo
ó de atonía del alma
en que tu vida monótona
no corria, se arrastraba!
Sin duda tu corazon
latia con fuerza tanta
por Enrique, que, rendido
de la amorosa batalla,
una tregua te pidió,
y esa tregua ya pasada,
hoy vuelve á querer de nuevo
con mas fé, con mas constancia;

que ha visto casi perdido
el bien por que suspiraba,
y aunque los bienes logrados
mucho, á nuestros ojos, valgan,
lo que valen no sabemos
hasta el dia en que nos faltan.

Marg. Es verdad: has sorprendido
todo lo que por mí pasa.
Mas, para estar hoy tranquila,
lo que yo necesitaba
es que tomasen el tren
los de Toledo... Me enfadan...

Cons. ¿Por qué?

Marg. Julia coquetea
de una manera...

Cons. Te engañas,
como me he engañado yo.

Mang. ¿Mas no vimos?...

Cons. Una farsa
que ha venido á redundar
en tu provecho. No alcanzan
muchas esa suerte.

Marg. ¿Sí?
¡De oirte estoy asombrada!

Cons. Margarita, el mundo siempre
nos hace pagar muy caras
las lecciones que nos dá;
pero á tí de darte acaba
una muy buena... y de balde!
Con que mira tú si es ganga.

Marg. ¿Pero tú cómo me esplicas
esa conducta tan rara
de Julia? ¿Di, qué la mueve?...

Cons. Una inocente venganza.

Marg. ¿Y de quién quiere vengarse?

Cons. De su Juan, que es una alhaja,
que se aburria tambien,
como tu Enrique, en su casa,
y que buscó distracciones
mas... no encuentro la palabra...
¿cómo te diria yo?...

mas... mas eficaces; vaya,
no es la propia, pero da
una idea aproximada.

MARG. No entiendo...

CONS. Que Juan dió en ir
á los Bufos.

MARG. ¿Qué mal hallas?

CONS. Ninguno: que se prendó
de todas las suripantas,
en general...

MARG. ¡Cielo santo!

CONS. Y en particular de una alta.
¿Lo quieres mas claro aun?
¿Lo vas entendiendo, cándida?
(A esta hay que dárselo todo
mascadito y con cuchara.)

MARG. Mas los que van á los Bufos
no todos irán, hermana,
como Juan, á enamorarse...

CONS. Es muy raro el que se escapa.

MARG. (¿Será posible que Enrique?...)

CONS. Lo cierto es que Juan no entraba
en las escepciones, que
Julia descubrió una dádiva
de unas botas imperiales
y... ¡figúrate!

MARG. ¡Me faltan
las fuerzas!

CONS. ¡Con que ya ves
si no has sido afortunada!

MARG. Mucho, sí...

CONS. ¿Pero qué es esto?

MARG. ¡Ay, Consuelo!

CONS. ¿Qué te pasa?

MARG. ¡Que Enrique se vá esta noche
á los Bufos!

CONS. ¡Santa Bárbara!

MARG. ¡Oh! Lo que es solo no va.
Con él iré.

CONS. ¡Tú!!! ¡No vayas!
Por cuantos medios te ocurran,

evita que Enrique lo haga;
pero si él en ir se obstina,
¡debes quedarte en tu casa!

MARG. ¿Y qué hacer?... Pero ¡oh, què idea!
¡Inspiradme, Vírgen Santa!
(Vase segunda puerta izquierda.)

ESCENA IX.

CONSUELO Y JUAN.

CONS. ¿Qué repente le habrá dado?
JUAN. ¡Por vida!... ¡Soy un atun!
CONS. Don Juan...
JUAN. ¡Señora, soy un
marido muy desgraciado!
CONS. ¿Qué le sucede?
JUAN. ¡Ay, Consuelo!
Que, sin saber cómo fué,
le he dado un golpe al quinqué
y se me ha caido al suelo.
CONS. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!
JUAN. No se deleite
con el daño que me espera.
CONS. ¿Qué daño?
JUAN. ¿No considera
que he desparramado aceite?
CONS. ¿Y por eso? ..
JUAN. ¡Eso es señal
de desgracias positivas!
CONS. ¿El aceite era de olivas?
JUAN. No, señora, mineral.
CONS. Entónces, no hay que temer.
JUAN. A mí me pone en un brete.
(¡Para quien será el billete
que ahora escribe mi mujer!)
CONS. Tal superstìcion me asombra:
el mal ya vino.
JUAN. ¿Ha venido?

CONS. Con el aceite perdido
y las manchas de la alfombra.
Ruego á usted, por cuanto valgo,
que disipe ese recelo.

JUAN. No lo dude usted, Consuelo;
á mí me va á pasar algo.

CONS. Lo que desgracias ignotas,
mas ciertas, suele traer,
es... por ejemplo, el haber
regalado un par de botas.

JUAN. ¡De véras.! ¡Es peregrina
la cosa!

CONS. Pues yo lo creo.

JUAN. (Mi mujer, por lo que veo,
me está poniendo en berlina!)

CONS. Usted se debe abstener,
por lo que pueda ocurrir...

JUAN. Sí, voy á... (¡Voy á seguir
espiando á mi mujer!)

ESCENA X.

CONSUELO y JULIA.

CONS. No anda poco preocupado.
—¿Y Margarita qué hará?
—¿Hola, Julia, qué? ¿Ya está
el asunto preparado?

JULIA. Ya se vé: y á prevencion
va la carta, por si acaso.

CONS. ¿Para salir, pues, del paso,
qué nos falta?

JULIA. Una ocasion.

CONS. Usted verá cómo salvá...

JULIA. Si señora, yo veré...

CONS. Además...

JULIA. No ignoro que
la ocasion la pintan calva.

ESCENA XI.

DICHOS Y JUAN.

JUAN. (¡De mi estupor yo no salgo!)
(Observando desde la segunda puerta derecha.)
JULIA. (Ya me acecha el enemigo.) (Por Juan á Consuelo.)
JUAN. (¡Ese aceite... Cuando digo
que á mí me va á pasar algo!)
CONS. Tenga usted lástima de él. (A Julia.)
JULIA. ¡Mas si me tiene mas harta!
CONS. Enrique. (Como anunciando.)
JULIA. (¡Mano á la carta!)
JUAN. (¡Calle! ¡ha sacado un papel!
¡Pues yo ni el ciego ni el sordo
me he de hacer, pues soy mal bicho!)
CONS. Ya está aquí.
JUAN. (¡Vamos, lo dicho:
me va á pasar algo gordo!)

ESCENA XII.

DICHOS Y ENRIQUE.

ENRIQ. Vaya, á los Bufos...—¡Señoras!...
(Saliendo con guantes y abrigo por la primera puerta izquierda.)
CONS. ¿De qué se admira?
ENRIQ. ¿De qué?
De verlas...
JUAN. (Accecharé.)
ENRIQ. Levantadas á estas horas.
JULIA. De descansar pronto trato.
CONS. Y yo tambien.
ENRIQ. Pues yo, no.
JULIA. Usted, por las trazas...
ENRIQ. Yo
voy á los Bufos un rato.

JULIA. ¡A los Bufos!
JUAN. (¡Por lo visto,
se entendian! ¡Hay paciencia!)
ENRIQ. Pero, Julia, ¡qué imprudencia!...
(A Julia que le hará visibles señales de querer entregarle una carta á hurtadillas.)
CONS. (¡Va á haber la de Dios es Cristo!)
ENRIQ. ¿Y Juan?
JUAN. (¡Corriendo un bromazo!)
JULIA. En su cuarto.
ENRIQ. Lo comprendo.
JULIA. Se estará el pobre poniendo
paños de árnica en el brazo.
ENRIQ. ¡Pues no es mala diversion!
JUAN. (¡Oh! ¡De mí se están burlando!)
CONS. (¡El pobre Juan está dando
al portier cada tiron!)
ENRIQ. (¡Bah! ¡Yo no corro este albur!)
(Por Julia que continúa haciéndole señas.)
JULIA. Enrique...
ENRIQ. ¡Qué!... (¡Esta mujer
me quiere comprometer!)
—Vaya, señoras, ¡abur!
CONS. Mas ¿se va usté así?
ENRIQ. En seguida.
CONS. ¿Sin ver, ¡me deja usté absorta!
á su esposa?
ENRIQ. ¿Qué le importa
que yo de ella me despida?
CONS. Es cruel la acusacion.
(Vaya, aquí hay que repicar
y al mismo tiempo que andar
tambien en la procesion.)
¡Margarita!
(Llamándola desde la segunda puerta de la izquierda.)
ENRIQ. Si quizás
dando vueltas se entretiene...
CONS. ¡Qué Enrique se va!
JULIA. ¡Ya viene!
CONS. ¿Lo está usted viendo?

MARG. ¿Te vas?
(A Enrique y dejando unos papeles de música encima del piano.)

ESCENA XIII.

DICHOS, MARGARITA.

ENRIQ. Ya ves.
MARG. Enrique, te ruego
que en casa te quedes...
ENRIQ. ¡Oh!
¿Para hastiarme?
MARG. Tal vez no.
ENRIQ. Otro dia, ¿sí? — Hasta luego.
MARG. ¿Y á pié?
ENRIQ. ¡Déjame de coches!...
MARG. (¡Pues yo he de ver si consigo!..)
(Se dirige al piano.)
CONS. Que usted se divierta, amigo.
ENRIQ. Que pasen muy buenas noches. (Desde el fondo.)

ESCENA XIV.

DICHOS, ménos ENRIQUE.

JUAN. (Pues lo que es la carta, advierto
que aun la tiene mi mujer.)
CONS. ¿Qué es lo que piensas hacer? (A Margarita.)
MARG. Improvisar un concierto.
(Toca el wals que tocó Julia en el primer acto; pero con algunas variaciones que aumentan el mérito de la ejecucion.)
JULIA. ¡Buena idea!
CONS. ¡Peregrina!
MARG. ¿Lograré vencer?
CONS. De fijo.
JUAN. (Voy á dejar mi escondrijo.) (Adelantándose.)
ENRIQ. ¡Divina, Julia, divina! (Aplaudiendo desde el fondo.)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS Y ENRIQUE.

ENRIQ. (Deteniéndose al ver que ha confundido á su esposa con Julia.)
¡Ay! ¡Perdona! Creí que era...
—Nunca te dejas oir.
MARG. ¿Y sientes?
ENRIQ. ¿Qué he de sentir?
(Animándose y quitándose sombrero, guantes y gaban á medida que toca Margarita.)
JUAN. (Volveré á mi gazapera.)
(Se esconde detrás del portier.)
ENRIQ. ¡Admirable!—Yo no sé
cómo puedes recordar...
¡Esto se llama tocar!...
Ay, Julia, dispense usté.
(Bajo á Julia al ver que insiste de nuevo en darle la carta.)
¡Y no sea tan tenáz!
JULIA. Pero tome usté.
ENRIQ. (¡Qué horror!)
¡Quiere usté hacerme el favor,
por Dios, de dejarme en paz! (A Julia.)
JULIA. Que lea usted es preciso...
ENRIQ. ¡Pero si Consuelo vé!
JULIA. No verá.—No vea usté.
(La primera frase á Enrique, la segunda á Consuelo que estará á su derecha y dirije rápidamente la vista hacia otro lado.)
ENRIQ. (Me pone en un compromiso.)
JUAN. (¡Uf! ¡Qué insolencia! ¡Ella misma!...)
(Viendo dar la carta á Enrique por detrás de Margarita que sigue tocando.)
JULIA. (¡Llegó el momento oportuno.)
JUAN. (¡Se me figura que á alguno
le voy á romper la crisma!)
ENRIQ. ¡Qué ejecucion! ¡Qué ligados!
JUAN. (¡Yo si que os voy á ligar!)
(Adelantándose á coger la carta.)

ENRIQ. ¡No me canso de admirar!... (A Margarita y tratando, con disimulo, de tomar la carta de Julia.)
JULIA. (¡Ya se acerca!) (Por Juan.)
JUAN. ¡Desgraciados!
(Apoderándose de la carta.)
ENRIQ. ¡Eh!
MARG. ¿Qué ha sido? (Dejando de tocar.)
JUAN. ¡Maldicion!
ENRIQ. ¡Ya vé usted con su imprudencia!...
(Reconviniendo á Julia.)
¡Sé clemente! (A Juan.)
JUAN. ¡No hay clemencia!
JULIA. ¡Perdóname! (Postrándose á los piés de Juan.)
JUAN. ¡No hay perdon!
CONS. ¿Pero se puede saber
qué es lo que ha sucedido?
ENRIQ. Por Dios, Juan...
JUAN. ¡Que he sorprendido
á Enrique y á mi mujer!
MARG. ¿Qué dice usted?
CONS. No propale
sin saber...—Cállate ahora. (La primera frase á Juan, la segunda á Margarita.)
JUAN. ¡Está usted viendo, señora.
el aceite cómo sale!... (A Consuelo.)
MARG. Es necesario que esplique...
JUAN. Lo esplicaré.
JULIA. ¡Juan!
JUAN. ¡Aparta!
MARG. ¿Qué pruebas tiene?...
JUAN. Esta carta
que entregaba Julia á Enrique.
CONS. Mire usted que algunas veces
el hombre llega á creer...
JUAN. ¡No, si ustedes van á ser
en esta cuestion los jueces!
«Enrique: un favor le pido, (Lee.)
»que espero me otorgue pronto:
»que le diga á mi marido,
»de mi parte, que es un tonto!»
—¡Eh! ¡Pues me gusta!
ENRIQ. Un instante.

CONS. ¿Quiere usted que yo? (Pidiendo á Juan la carta para leerla.)
JUAN. Acabemos. (Dando la carta.)
CONS. «Es un tonto»... (Leyendo.)
JUAN. Lo sabemos.
Siga usted mas adelante.
CONS. «Dígale que, aunque le arguya,
»obró mal al suponer
»tan frágil, como la suya,
»la virtud de su mujer.
«Diga usted á ese traidor
»que el perdon, que de mi ansía,
»lo ha de lograr con su amor,
»no con una falta mia.
»Dígale que, aunque no están
»las botitas en olvido!!.»
—Mire usted, ahora es, don Juan, (Declamado.)
cuando el aceite ha salido.
«Dígale que, aunque ofendió (Leyendo.)
»mas con la duda á su esposa,
»va á probarle esta que no
»es cruel ni rencorosa.
»Y, en fin, dígale que ya
»su dolor me compadece,
»y en mis brazos hallará
»el perdon, que no merece.»
JUAN. ¡Ese perdon, no te asombre,
de rodillas te lo imploro!
JULIA. ¡A mis brazos!
JUAN. ¡Ay! ¡No lloro
porque está feo en un hombre!
ENRIQ. El tiro por la culata (A Juan.)
nos salió, como temia.
CONS. Silencio, que todavía
encuentro aquí una postdata.
»Usted, Enrique, ha ofendido (Leyendo.)
»mi dignidad de mujer,
»solo con prestarse á ser
»cómplice de mi marido.
»Y aunque seria reprension
»debiera darle mi encono,

»la ofensa tambien perdono
»en gracia de su intencion.»

ENRIQ. ¡Oh! sí... mi intencion... evita... (Confundido.)
MARG. ¿Cuál fué?
ENRIQ. ¡Vaya! Sí, señor... (Sin saber qué decir.)
JULIA. Ver si, fingiéndome amor,
lograba el de Margarita.
ENRIQ. Justo.
MARG. ¿Mas cierto no estabas
de mi cariño? (A Enrique.)
ENRIQ. ¡Qué escucho!
CONS. ¡Oh! Tú le querias mucho;
mas no se lo demostrabas,
Margarita, y la mujer
que ama, cual debe, á su esposo,
á mas de amarle, es forzoso
que se lo dé á conocer.
Ni la mujer que es casada
piense, cual tú, Margarita,
que su mision se limita
al deber de ser honrada.
Esencial en las mujeres
ha de ser tal condicion;
pero, además, su mision
les impone otros deberes.
Entre ellos, uno figura
que no ha de dar al olvido
la que quiera á su marido:
se llama la compostura.
La que lo llegue á olvidar
y en este deber no crea,
por mas honrada que sea,
verá á su esposo pasar
del amor, que le ha jurado,
á un sentimiento mas frio,
de él poco á poco al hastío,
y del hastío... al pecado!
MARG. Tienes, Consuelo, razon
y enmendarme desde hoy quiero.
CONS. Por tu bien, así lo espero;
¡vaya! y... basta de sermon,

que cansa...

MARG. ¡Cómo! ¡Si das
tan convincentes razones!...

CONS. Bueno; pero los sermones
en la iglesia, y nada mas.

MARG. ¿Te hastiarás ya? (A Enrique.)

ENRIQ. ¿Junto á tí?
Venturoso me has de ver
si eres la misma mujer
que ántes fuiste para mí.

MARG. Lo seré.

ENRIQ. Pues si esto pasa,
no esperes que ya me aburra
ni ménos que se me ocurra
traer mas gentes á casa.

JUAN. Mil gracias, por el cumplido. (Ofendido.)

ENRIQ. No, ¡perdon! (¡Uf! ¡qué torpeza!)
Esto, que he dicho, no reza
con las gentes que he traido.

CONS. Yo tengo la persuasion
de que nos ven con agrado,
porque, al fin, les hemos dado
la saludable leccion,
que ha aprendido Margarita,
de que es una cosa cierta
que MUJER COMPUESTA QUITA
AL MARIDO DE OTRA PUERTA.

FIN DEL PROVERBIO.

OBRAS DRAMATICAS

DE

DON JOSÉ MARCO.

EN TRES Ó MAS ACTOS.

LIBERTAD EN LA CADENA.
EL SOL DE INVIERNO.
EL PEOR ENEMIGO:
CUESTION DE TRÁMITES.
ANA, (1)
¡CÓMO HA DE SER!
HOY.
LOS FLACOS.
LA FERIA DE LAS MUJERES.
LA MUJER COMPUESTA....
LA GRAN JUGADA (En prensa.)

EN UN ACTO.

CONSECUENCIAS DE UN BOFETON.
EL DOTE DE MARÍA.
UNA TARDE APROVECHADA. (2)
LA PAVA TRUFADA.
ADAN Y EVA.
¡SIN PADRE!
LA FIESTA EN PAZ, (En prensa.)
EL FONDO DEL ESPEJO. (Id.)

---

(1) En colaboracion con D. Juan Catalina y D. Juan Coupigny.
(2) En colaboracion con D. Fernando Martin Redondo.

